

Decolonizando mi biblioteca
Blog "Bitácora de un bibliotecario" | 2025

Edgardo Civalero

Las bibliotecas no son espacios neutrales. Durante siglos han sido instrumentos de poder, moldeando sistemas de conocimiento que refuerzan jerarquías coloniales y marginan epistemologías alternativas. Esta serie examina críticamente cómo las bibliotecas, los archivos y los sistemas de clasificación perpetúan legados coloniales, y explora cómo podemos desmontar estas estructuras para construir espacios de conocimiento más justos, inclusivos y decoloniales. A través de un análisis profundo y una mirada crítica, invita a bibliotecarios, investigadores y lectores a replantearse qué preservamos, cómo categorizamos y qué voces centramos en nuestras colecciones.

Decolonizando mi biblioteca #01

Desmantelando el Imperio del conocimiento

Comprendiendo el decolonialismo en las bibliotecas

Introducción

¿Y si la misma institución que se supone debe democratizar el conocimiento también está manteniendo, en silencio, los sistemas de opresión?

Las bibliotecas, a menudo idealizadas como espacios neutrales, han sido durante mucho tiempo consideradas guardianas del conocimiento y la memoria. Sin embargo, la neutralidad es un mito. Las bibliotecas son inherentemente políticas: reflejan los valores, jerarquías y dinámicas de poder de las sociedades a las que sirven.

O, más precisamente, de los poderes hegemónicos en esas sociedades.

El decolonialismo ofrece un marco para enfrentar esta realidad, instándonos a desmantelar estructuras que perpetúan injusticias e inequidades históricas. La advertencia de Frantz Fanon es un recordatorio sombrío de esta necesidad: "El imperialismo, que hoy libra guerra contra una genuina lucha por la liberación humana, siembra semillas de decadencia aquí y allá que deben ser erradicadas sin piedad de nuestra tierra y de nuestras mentes" (2004, 181). Las bibliotecas, como instituciones de memoria, deben participar en esta introspección. El proceso de descolonización no solo implica abordar los contenidos físicos de las bibliotecas, sino también sus filosofías y prácticas subyacentes.

El legado del colonialismo en los sistemas de conocimiento

El colonialismo no solo fue un proyecto de explotación económica: fue (y, en realidad, y tristemente, lo sigue siendo) un reordenamiento profundo de cómo se creaba, valoraba,

gestionaba y difundía el conocimiento y la memoria. Los imperios de Europa buscaron imponer su comprensión del mundo como universal, mientras borraban o ninguneaban otras epistemes: otras formas de conocer.

Esta aniquilación es más evidente en la marginación de las tradiciones orales indígenas — y de otros materiales relacionados con el conocimiento (cerámica, cestería, pintura corporal...). Los saberes y recuerdos transmitidos a través del canto, el ritual, los artefactos y la memoria fue considerado efímero y "no civilizado" en comparación con la palabra escrita. Las administraciones coloniales justificaron su dominio al presentar sus sistemas de pensamiento —filosofía, ciencia, literatura, arte— como superiores.

Ngũgĩ wa Thiong'o escribe sobre esto en *Decolonising the Mind*: "El efecto de una bomba cultural es aniquilar la creencia de un pueblo en sus nombres, en sus lenguas, en su entorno, en su herencia de lucha, en su unidad, en sus capacidades y, en última instancia, en sí mismos" (1991, 3). La bomba cultural del colonialismo es una que las bibliotecas aún luchan por desactivar, ya que sus colecciones y prácticas a menudo reflejan estas jerarquías destructivas.

Adicionalmente, objetos, manuscritos y sistemas de conocimiento fueron saqueados de las regiones colonizadas y "preservados" en bibliotecas y museos imperiales. Mientras tales instituciones suelen afirmar que estaban "rescatando" esos objetos, la realidad es que los arrancaron de sus contextos culturales originales y dejaron detrás comunidades despojadas. Sabían que, sin su propio conocimiento y memoria social —la base para la identidad e historia—, las sociedades subyugadas pueden seguir siendo mantenidas en esa condición.

El rol de las bibliotecas en la perpetuación de narrativas coloniales

Las bibliotecas, intencionalmente o no, se convirtieron en herramientas del imperialismo. Sus políticas de adquisición durante la era colonial (y aún hoy) seguían la

misma lógica extractiva que el saqueo de recursos. Manuscritos y códices —algunos sagrados, otros profundamente vinculados a la identidad cultural— fueron robados bajo el pretexto de "protegerlos". Muchas de esas colecciones, ahora en grandes instituciones globales, siguen siendo inaccesibles para sus comunidades de origen, perpetuando ciclos de despojo.

Sistemas de catalogación como la Clasificación Decimal Dewey y la Clasificación de la Biblioteca del Congreso ejemplifican cómo persisten estos prejuicios. El sistema de Dewey, por ejemplo, prioriza el cristianismo en la sección 200, mientras que relegan otras religiones a la categoría "Otras". De manera similar, el conocimiento del Sur Global a menudo se clasifica como "regional" o "local", posicionando las perspectivas occidentales como la norma.

Linda Tuhiwai Smith, en *Decolonizing Methodologies*, critica este desequilibrio: "La globalización del conocimiento y la cultura occidental reafirma constantemente la visión de Occidente de sí mismo como el centro del conocimiento legítimo, el árbitro de lo que cuenta como conocimiento y la fuente del conocimiento 'civilizado'" (2008, 63). Las bibliotecas deben enfrentar activamente y desmantelar estas narrativas incrustadas.

Cambiar la perspectiva: Por qué a las bibliotecas les debería importar el decolonialismo

El decolonialismo en la bibliotecología no se centra en el rechazo: es, más bien, una reinención. Nos desafía a repensar los cimientos mismos de nuestras prácticas: ¿Cómo definimos el conocimiento? ¿Quién decide qué es lo suficientemente valioso como para ser recogido y preservado? ¿Qué voces faltan en nuestras colecciones?

El concepto de "desanclaje" (*delinking*) de Walter D. Mignolo ofrece una visión para esta reinención: "La decolonialidad en el sentido específico de desanclarse de la matriz colonial de poder" (2011, 74). Las bibliotecas deben desengancharse de sus cimientos

coloniales y abrazar modelos alternativos de conocimiento. Esto implica no solo diversificar las colecciones, sino también cuestionar los sistemas que definen "diversidad" en primer lugar.

La afirmación de Audre Lorde en *Sister Outsider* —"Las herramientas del amo nunca desmontarán la casa del amo"— nos recuerda que los cambios superficiales son insuficientes, y que las soluciones a los problemas no hegemónicos probablemente no provendrán de los poderes hegemónicos.

Agregar algunos textos no occidentales a una colección no sirve de mucho si la estructura general sigue privilegiando las epistemologías occidentales. La verdadera transformación exige repensar profundamente cómo operan las bibliotecas.

Un paso hacia el cambio

Descolonizar las bibliotecas no es una solución rápida, sino un proceso continuo.

Uno que comienza con una reflexión crítica: ¿Quién posee la narrativa? Es preciso examinar las colecciones para identificar las perspectivas dominantes y preguntarnos qué voces están marginadas o ausentes.

¿Qué prejuicios moldean los sistemas de catalogación? Es necesario abogar por reformas en la clasificación que prioricen la equidad.

¿Y cómo se involucra a las comunidades? Resulta urgente ir más allá del tokenismo (la práctica de hacer un esfuerzo simbólico para incluir a grupos subrepresentados, a menudo sin realizar cambios significativos ni ofrecer oportunidades reales de participación o igualdad), colaborando de manera significativa con los grupos subrepresentados.

Como custodios de la memoria, los bibliotecarios debemos reconocer nuestro poder — y nuestra responsabilidad— para moldear el conocimiento. El decolonialismo nos desafía a imaginar las bibliotecas no como repositorios estáticos, sino como espacios dinámicos de resistencia y transformación.

El decolonialismo no se ocupa solo de lo que hay en las estanterías, sino de qué voces se escuchan, qué historias se centran y qué conocimiento se preserva para las futuras generaciones.

Referencias

- Fannon, Frank (2004). *The Wretched of the Earth*. New York: Grove Press.
- Lorde, Audre (2007). *Sister Outsider*. New York: Crossing Press.
- Mignolo, Walter D. (2011). *The Darker Side of Western Modernity: Global Futures, Decolonial Options*. Durham & London: Duke University Press.
- Thiong'o, Ngũgĩ wa (1991). *Decolonising the Mind: The Politics of Language in African Literature*. London: James Currey Ltd.
- Tuhiwai Smith, Linda (2008). *Decolonizing Methodologies: Research and Indigenous Peoples*. London & New York: Zed Books Ltd.

Descolonizando mi biblioteca #02

Confrontando las sombras coloniales en nuestras colecciones

El impacto de la historia colonial en las colecciones bibliotecarias

Introducción

Las bibliotecas a menudo se consideran espacios neutrales de gestión del conocimiento y la memoria. Sin embargo, la neutralidad es un mito, y muchas de nuestras colecciones cargan con el peso de historias impregnadas de violencia, dominación y borrado. Esas son las sombras coloniales que habitan en nuestras estanterías. Se manifiestan en los propios orígenes de los libros, manuscritos y artefactos que las bibliotecas poseen, en las narrativas que conservan y en las voces que no logran incluir.

El acto de descolonizar nuestras colecciones es, en esencia, un acto de reconciliación. Como nos recuerda Ngũgĩ wa Thiong'o, "la mayor arma que el imperialismo utiliza y que efectivamente desata a diario contra la resistencia colectiva es la bomba cultural" (1991: 3). Las bibliotecas han sido a menudo el mecanismo para entregar esta bomba cultural, incrustando narrativas hegemónicas en la estructura más íntima de nuestros sistemas de conocimiento.

Pero confrontar esta historia no es un proceso de destrucción; es uno de reimaginación. ¿Cómo podrían lucir nuestras colecciones si priorizáramos la justicia, la inclusión y el empoderamiento de las comunidades? ¿Qué pasaría si las usáramos para arrojar luz sobre los silenciados y amplificar las perspectivas que el colonialismo trató de aniquilar?

Una historia escrita por los vencedores

El proyecto colonial no se centraba solo en explotar tierras y trabajo; también buscaba controlar el conocimiento. Los colonizadores intentaron (y lograron) definir el mundo, sus historias y sus pueblos desde de sus propios marcos conceptuales e identitarios. Las

bibliotecas terminaron siendo herramientas en este esfuerzo: repositorios, no de un conocimiento neutral, sino de uno curado para justificar y sustentar la dominación.

Consideremos el saqueo de los manuscritos de Tombuctú, que representan siglos de logros intelectuales africanos, o la remoción de los códices de Mesoamérica, quemados en actos de conquista o transportados a bibliotecas europeas, donde se catalogaron como curiosidades en lugar de ser respetados como tesoros intelectuales. El Imperio Británico, por ejemplo, acumuló un vasto archivo de textos indios, no para preservarlos, sino para reinterpretarlos a través de una lente occidental que afirmara la superioridad británica.

Esta dinámica no se limitaba a los artefactos textuales. Las historias orales, las lenguas indígenas y las epistemologías diferentes fueron activamente suprimidas, consideradas "incivilizadas" o irrelevantes por las potencias coloniales. Walter Rodney, en *How Europe Underdeveloped Africa*, subraya este punto, comentando que las potencias coloniales buscaban destruir la autonomía cultural, incrustando su dominio en la propia manera en que las sociedades entendían sus propias historias.

Las bibliotecas fueron actores clave en ese proceso. Catalogaron el conocimiento saqueado, borrarón narrativas disidentes y solidificaron las perspectivas coloniales en las mentes de varias generaciones.

Legados coloniales en las prácticas bibliotecarias

La influencia del colonialismo se extiende mucho más allá de las colecciones físicas que albergan las bibliotecas; está profundamente arraigada en los mismos sistemas y prácticas que guían su funcionamiento. Desde los métodos de catalogación hasta las políticas de adquisición, muchos aspectos del trabajo bibliotecario están enraizados en estructuras coloniales, a menudo con efectos sutiles pero persistentes.

Una de las manifestaciones más significativas de este legado se encuentra en los propios sistemas utilizados para organizar el conocimiento. Los esquemas de catalogación occidentales, como por ejemplo la Clasificación Decimal Dewey, reflejan una visión del mundo eurocéntrica, que margina el conocimiento indígena. Las historias indígenas, por ejemplo, a menudo se clasifican bajo términos como "folklore", lo que sirve para socavar su legitimidad intelectual y relegarlas a los márgenes del discurso académico y cultural. Esta estructuración jerárquica del conocimiento no solo refleja sesgos en cómo se organiza la información, sino que contribuye activamente al borrado de tradiciones culturales e intelectuales completas.

El dominio de los idiomas coloniales perpetúa aún más estos desequilibrios. Lenguas como el inglés, el español y el francés continúan dominando el panorama global del conocimiento, eclipsando a las indígenas y minoritarias. Esta hegemonía lingüística no solo aleja a los hablantes de idiomas no coloniales, sino que también refuerza los desequilibrios de poder globales, limitando el acceso al conocimiento y conservando narrativas que reflejan solo una porción reducida de la experiencia humana. Al privilegiar ciertos idiomas, las bibliotecas disminuyen, aunque sin intención, el valor de otros sistemas lingüísticos, contribuyendo al silenciamiento de voces diversas.

Además, la dispersión de los legados culturales debida al saqueo colonial ha dejado a muchas comunidades incapaces de reconectar con su propio patrimonio. Muchos manuscritos, artefactos y objetos culturales robados siguen dispersos por instituciones de las antiguas potencias coloniales, y a menudo se almacenan en archivos inaccesibles, o se exhiben de manera que carecen del contexto necesario. Esta deslocalización y fragmentación del patrimonio cultural perpetúan un sentimiento de desconexión, impidiendo que muchas personas accedan completamente a las narrativas que les pertenecen a ellas y a sus historias.

Las bibliotecas coloniales no solo eran lugares de acumulación; eran sitios donde el orden colonial se escribía, reescribía y perpetuaba. Las bibliotecas, históricamente e

incluso hoy en día, han funcionado como instrumentos en la reproducción de las estructuras de poder coloniales. Los legados del colonialismo siguen moldeando la forma en que operan las bibliotecas, a menudo de manera invisible, de formas que benefician a aquellos alineados con las estructuras de poder y desfavorecen a los que no lo están.

Para comenzar el trabajo de descolonización, las bibliotecas deben reconocer y confrontar estas estructuras incrustadas. No basta con centrarse en las colecciones; también debemos desafiar y transformar los sistemas que rigen su organización, adquisición y acceso. Solo al hacer visibles estas dinámicas podremos comenzar a dismantelar los legados coloniales que aún persisten en las bibliotecas actuales.

Pasos hacia el abordaje de las sombras coloniales

Descolonizar las colecciones bibliotecarias es un proceso complejo y multifacético, que requiere un equilibrio entre reflexión y acción. No se trata de borrar la historia, sino de re-centralizar las voces marginadas, amplificar sus narrativas y desafiar los marcos dominantes que históricamente las han silenciado.

El primer paso, y quizás el más fundamental, en este proceso es reconocer las historias violentas a través de las cuales se construyeron muchas colecciones. La repatriación y la restitución son esenciales en este esfuerzo. Las bibliotecas e instituciones afines deben asumir la responsabilidad de las formas en que los artefactos, manuscritos y materiales culturales fueron tomados sin consentimiento, a menudo mediante violencia colonial. Al priorizar el regreso de la propiedad cultural robada, como se observa en el creciente movimiento por la restitución —por ejemplo, el regreso de los Bronces de Benín— las instituciones pueden comenzar a reparar algunos de los daños causados. Estos actos de restitución, aunque no resuelven todos los problemas, pueden servir como gestos importantes de sanación, fomentando un sentido de justicia y reconciliación con las comunidades cuyo patrimonio fue violentamente borrado.

Más allá del retorno material de los objetos, la descolonización también requiere que las bibliotecas pongan en el centro las epistemologías indígenas en sus colecciones y prácticas. Los sistemas de conocimiento originario, que a menudo se basan en tradiciones orales, memoria colectiva y perspectivas holísticas y relacionales, ofrecen alternativas poderosas a los paradigmas eurocéntricos que dominan la mayoría de las bibliotecas. Estas deben reconocer que el conocimiento no es una entidad neutral, sino una fuerza viva y evolutiva ligada a la tierra, la cultura y las experiencias vividas de las personas que lo crean. Esto significa comprometerse profundamente con las comunidades indígenas, amplificar sus voces y garantizar que sus perspectivas estén representadas en todas las áreas de la práctica bibliotecaria — desde la adquisición hasta la catalogación y los programas públicos.

Para hacer posibles estos cambios, es crucial transformar los paradigmas que históricamente han marginado estas voces. Los sesgos coloniales inherentes a las prácticas tradicionales de catalogación deben ser desmantelados. Muchos de los sistemas de clasificación más utilizados en el mundo, como la Clasificación Decimal Dewey o los Encabezamientos de Materia de la Biblioteca del Congreso, fueron diseñados desde una perspectiva eurocéntrica que excluye o tergiversa el conocimiento no occidental. Los marcos centrados en lo indígena, como Mukurtu, ofrecen alternativas valiosas para organizar el conocimiento de una manera más inclusiva y respetuosa. Estos marcos priorizan el contexto cultural y enfatizan la necesidad de respetar la propiedad intelectual de los pueblos indígenas. Un enfoque decolonial para la catalogación incluye revisar los metadatos, encabezamientos de materia y prácticas descriptivas para garantizar que reflejen y honren las diversas perspectivas culturales.

Igualmente importante es crear espacios para la colaboración comunitaria. La descolonización no es un esfuerzo solitario: requiere construir asociaciones con las comunidades cuyas historias, conocimientos y culturas han sido marginadas. Los proyectos impulsados por la comunidad permiten a las bibliotecas comprender mejor cómo los pueblos indígenas y otros grupos marginados quieren que sus materiales sean

representados y compartidos. Esta colaboración debe basarse en el respeto mutuo, con las bibliotecas escuchando y aprendiendo activamente de las comunidades a las que sirven. Asegurar que las voces de la comunidad guíen las decisiones sobre representación, preservación y acceso es crucial para garantizar que la descolonización sea un proceso verdaderamente compartido y transformador.

Finalmente, descolonizar las colecciones bibliotecarias no conlleva solo realizar cambios en los recursos, sino también transformar la cultura institucional. Formar al personal de las bibliotecas en competencia cultural, antirracismo y prácticas decoloniales es esencial para fomentar un ambiente que apoye y sostenga este trabajo. Las bibliotecas deben cultivar una mentalidad que reconozca la necesidad de aprendizaje continuo, humildad y compromiso activo con las comunidades a las que sirven. Sin este cambio de mentalidad, el trabajo de descolonización no puede tener éxito.

Imaginando futuros decoloniales

El viaje para descolonizar las colecciones bibliotecarias es complejo y continuo, pero su potencial es transformador. Al exorcizar las sombras coloniales, abrimos la puerta a un mundo de conocimiento más equitativo, diverso y vibrante. Estas colecciones pueden convertirse en plataformas de resistencia, espacios de diálogo y herramientas para reimaginar lo que las bibliotecas pueden ser.

Como explora Walter Dignolo en *The Darker Side of Western Modernity*, la decolonialidad tiene como objetivo desvelar lo que el orden colonial ha ocultado e imaginar formas alternativas de ser, pensar y conocer. Las bibliotecas, en su mejor versión, tienen el poder de nutrir estas posibilidades — si somos lo suficientemente valientes como para confrontar los fantasmas de nuestro pasado.

Referencias

- Mignolo, Walter D. (2011). *The Darker Side of Western Modernity: Global Futures, Decolonial Options*. Durham & London: Duke University Press.
- Rodney, Walter (1973). *How Europe Underdeveloped Africa*. Dar-es-Salaam: Tanzanian Publishing House.
- Thiong'o, Ngũgĩ wa (1991). *Decolonising the Mind: The Politics of Language in African Literature*. London: James Currey Ltd.

Descolonizando mi biblioteca #03

Descifrando la trampa de la narrativa eurocéntrica

Identificar y cuestionar las narrativas eurocéntricas

Introducción

En el corazón de toda colección bibliotecaria hay una narrativa.

Estas narrativas conforman la forma en que entendemos la historia, la identidad y la cultura y, con demasiada frecuencia, se construyen sobre el marco distorsionado del eurocentrismo. Los discursos eurocéntricos elevan las historias, perspectivas y logros de Europa y sus descendientes, mientras que disminuyen o silencian los de la mayoría global. Semejantes relatos no sólo existen en libros de texto o enciclopedias, sino que están arraigados en las propias estructuras de conocimiento y autoridad que guían las prácticas bibliotecarias (y archivísticas y museísticas): desde las adquisiciones hasta la catalogación, pasando por las estanterías y la programación.

A medida que las bibliotecas avanzan hacia la descolonización, deben hacer frente a esta realidad. Debemos preguntarnos: ¿Qué historias estamos contando? ¿Y qué historias estamos dejando fuera? El acto de descolonizar el conocimiento no consiste sólo en añadir nuevas voces a la conversación, sino en replantearse radicalmente el marco en el que se cuentan todas las historias. El proceso requiere un cambio fundamental, un alejamiento de las visiones unidimensionales de la historia y el conocimiento, y el compromiso de crear un espacio para las historias que, durante mucho tiempo, han sido excluidas o marginadas.

El eurocentrismo: Una imposición histórica

El eurocentrismo, la creencia de que la cultura y los valores europeos son la norma que define toda la civilización humana, tiene profundas raíces históricas. Surgió de la

expansión de los imperios europeos y de la justificación ideológica de la dominación colonial. La llamada "Era de los Descubrimientos" tuvo poco que ver con descubrimientos y mucho con la expansión de las potencias imperiales europeas, que reclamaban tierras y pueblos "nuevos" y los reinterpretaban a través de su propio prisma de superioridad. Esta visión del mundo veía a África, Asia y América como pizarras en blanco, a la espera de ser "civilizadas" por Europa.

Como escribe Edward Said (2003, 1), "Oriente fue casi una invención europea ... un lugar de romanticismo, seres exóticos, recuerdos y paisajes inquietantes, experiencias extraordinarias". En este marco, "Oriente" era retratado como lo opuesto a "Occidente": irracional, atrasado y necesitado de la intervención y orientación occidentales. Estas ideas distorsionadas impregnaron la literatura occidental, el mundo académico e incluso los sistemas de bibliotecas que estaban surgiendo en la época.

Este colonialismo cultural e intelectual no se limitó a la conquista de tierras, sino que se extendió a la conquista de mentes. Los sistemas de conocimiento surgidos en Europa se convirtieron en la norma mundial, y las epistemes de los pueblos colonizados quedaron relegadas a los márgenes. Los relatos eurocéntricos se convirtieron en el marco dominante en el que se escribía la historia y se producía el conocimiento, configurando la forma en que las bibliotecas recopilaban, organizaban y difundían la información.

Aún hoy, el legado colonial sigue influyendo en las prácticas académicas y bibliotecarias. Aunque la descolonización ha sido un tema central en muchos ámbitos académicos, a menudo se pasa por alto o se subestima la tarea de hacer frente a la omnipresente narrativa eurocéntrica en las bibliotecas. Históricamente, las bibliotecas se han considerado espacios neutrales, pero la neutralidad en sí misma es una posición que a menudo se alinea con el statu quo, que ha beneficiado a las potencias coloniales y ha dejado a los grupos marginados con un acceso limitado a todo el amplio espectro de sus propias historias y conocimientos.

El sutil poder de las narrativas eurocéntricas en las bibliotecas

El eurocentrismo no siempre es explícito. A menudo opera de forma sutil, entretelado en el tejido de los sistemas bibliotecarios, los recursos educativos e incluso las prácticas cotidianas. Se puede encontrar una narrativa eurocéntrica en:

- Planes de estudios y textos: La mayoría de los libros de texto de historia, por ejemplo, comienzan con las civilizaciones europeas y sólo incluyen historias no occidentales en el contexto de los encuentros europeos con ellas. Este ordenamiento refuerza la idea de que la historia europea es la predeterminada, mientras que las historias de los pueblos indígenas y marginados son secundarias. Las civilizaciones no europeas suelen enmarcarse en términos de su relación con Occidente y no en sus propios términos, lo que refuerza su percepción de inferioridad.
- Clasificaciones y catalogación: Los sistemas occidentales de clasificación del conocimiento, como el Sistema Decimal Dewey o la Clasificación de la Biblioteca del Congreso, clasifican las culturas e historias no occidentales como "otras", si es que las incluyen. Muchas bibliotecas siguen basándose en encabezamientos de materia que sitúan a las culturas no europeas como exóticas, primitivas o irrelevantes para el conocimiento dominante. Esta categorización no es neutral: es un reflejo de cómo se ha controlado y filtrado el conocimiento a través de una lente eurocéntrica.
- Representación cultural: La ausencia de autores no occidentales en los cánones literarios, la infrarrepresentación de los eruditos indígenas en las bases de datos académicas y la escasa financiación de las bibliotecas de comunidades marginadas reflejan el continuo dominio de las narrativas eurocéntricas en el mundo de las bibliotecas. La representación cultural no es sólo una cuestión de presencia, sino de cómo se enmarcan y sitúan las culturas dentro de una narrativa más amplia de civilización y progreso.

Como señalan Tuck y Yang en su famoso artículo, "la descolonización no es una metáfora". En el contexto bibliotecario, esto significa que enfrentarse a las narrativas

eurocéntricas no consiste sólo en añadir más libros de autores no occidentales a nuestras estanterías. Se trata de dismantelar los sistemas que han privilegiado esas narrativas en primer lugar. No podemos simplemente añadir diversidad a las estructuras existentes sin reimaginarlas y remodelarlas.

Descifrando la trampa de la narrativa eurocéntrica

Para hacer frente al dominio de las narrativas eurocéntricas, las bibliotecas deben empezar por reconocer en donde está la trampa. El eurocentrismo lo ha moldeado todo, desde la estructura del conocimiento hasta la forma en que enseñamos y catalogamos. Para dismantelarlo, debemos descifrar su dominio sobre las instituciones y las prácticas que heredamos.

Una de las medidas más inmediatas que pueden tomar las bibliotecas es enfrentarse a la noción de un canon "universal" del conocimiento. El canon occidental tradicional se considera a menudo el estándar más elevado de los logros intelectuales. Sin embargo, es profundamente selectivo y excluyente. Para acabar con él, las bibliotecas deben gestionar colecciones que den prioridad a la diversidad de voces, perspectivas y tradiciones intelectuales. Esto significa reconocer que el conocimiento adopta muchas formas —tradiciones orales, filosofías indígenas, epistemologías alternativas— y que todas deben tratarse con el mismo respeto que los textos occidentales. Las bibliotecas también deben considerar la forma en que tratan a los "clásicos". En lugar de limitarse a preservar el viejo canon, deberían crear espacios para que esos textos sean tratados de forma crítica. ¿Qué significa enseñar a Shakespeare o a Homero junto a las tradiciones orales indígenas o la filosofía africana? ¿Podemos leer a Platón sin cuestionar la forma en que estos textos se utilizaron para justificar los sistemas coloniales? Este es el tipo de trabajo que permitirá a las bibliotecas empezar a liberarse de la trampa narrativa eurocéntrica.

El lenguaje que utilizamos para categorizar el conocimiento también debe ser cuestionado. Un ejemplo sencillo de sesgo eurocéntrico se encuentra en los encabezamientos de materia que clasifican el conocimiento indígena bajo términos como "folclore" o "mitología", reduciendo los complejos sistemas de conocimiento cultural a historias pintorescas e irrelevantes. Al revisar las normas de clasificación para incluir formas no occidentales de conocer y ser, las bibliotecas pueden empezar a crear sistemas de organización del conocimiento más inclusivos y respetuosos. Estos cambios no deberían limitarse a añadir términos a los encabezamientos de materia existentes, sino que también deberían implicar un examen exhaustivo de las formas en las que se conceptualiza y ordena el conocimiento.

¿Otro paso? Las bibliotecas tienen un papel fundamental a la hora de amplificar las voces de quienes han sido marginados históricamente. Esto significa no sólo recopilar y conservar textos de autores indígenas, académicos negros y escritores del Sur Global, sino también dar prioridad a su visibilidad en los sistemas de catálogos, listas de lectura y programas bibliotecarios. Las bibliotecas deben utilizar sus plataformas para elevar las perspectivas no occidentales, ofreciendo programas y recursos que fomenten un compromiso más profundo con estas comunidades.

Por último, las bibliotecas también pueden establecer relaciones internacionales con bibliotecas y archivos del Sur Global. Los esfuerzos de colaboración en el desarrollo de colecciones, la puesta en común de recursos y el intercambio de conocimientos pueden ayudar a interrumpir el flujo de conocimientos que tradicionalmente ha sido unilateral, de Occidente al resto del mundo. Estas relaciones permiten a las bibliotecas comprometerse con sistemas de conocimiento que han sido marginados y ofrecer una visión más holística del patrimonio intelectual mundial.

El camino por recorrer

Desafiar las narrativas eurocéntricas no es tarea fácil, y es un camino que será diferente en cada institución. Pero es necesario. La descolonización exige un cambio radical en la forma de concebir el conocimiento, la historia y el poder. Las bibliotecas, como depositarias del conocimiento, no sólo deben reflejar la sociedad, sino participar activamente en su remodelación. Al enfrentarse a la trampa narrativa eurocéntrica, las bibliotecas pueden convertirse en espacios de liberación, no sólo de información.

Deberíamos tener presentes las palabras de bell hooks (1994: 105): "¿Dónde están nuestros libros sobre raza y feminismo y otros aspectos de la teoría feminista, obras que ofrezcan nuevos enfoques y comprensión?" Asegurémonos de que los libros que compartimos reflejan toda la gama de la experiencia humana, que nos invitan a un mundo diverso, justo y verdaderamente representativo de las historias de todas las personas.

Referencias

- hooks, bell (1994). *Teaching to Transgress: Education as the practice of freedom*. New York, London: Routledge.
- Said, Edward W. (2003). *Orientalism*. London: Penguin Books.
- Tuck, Eve & Yang, K. Wayne (2012). Decolonization is Not a Metaphor. *Decolonization: Indigeneity, Education & Society*, 1 (1), pp. 1-40.

Descolonizando mi biblioteca #04

Las bibliotecas como nueva primera línea del conocimiento

Asumir compromisos con los sistemas de conocimiento indígenas

Introducción

Los sistemas de conocimiento indígenas han prosperado durante miles de años, transmitiéndose de generación en generación y evolucionando junto con la tierra, las culturas y las comunidades a las que pertenecen. Estos sistemas de conocimiento abarcan no sólo el conocimiento práctico de los ecosistemas, la medicina y la agricultura, sino también una profunda comprensión filosófica del mundo, la espiritualidad y la conexión humana con la tierra. Sin embargo, durante siglos, estos sistemas de conocimiento han sido marginados, borrados o distorsionados por fuerzas coloniales, como el colonialismo europeo, las prácticas misioneras y la imposición de la educación y la ciencia occidentales.

Hoy en día, cuando el mundo se enfrenta cada vez más al legado del colonialismo, las bibliotecas se encuentran al frente de una urgente misión decolonial: reconocer, respetar y preservar los sistemas de conocimiento indígenas. Esta tarea no consiste sólo en integrar las perspectivas indígenas en las colecciones de las bibliotecas, sino en replantearse fundamentalmente el papel de las bibliotecas como agentes de resistencia cultural, revitalización y transformación.

Al aceptar el conocimiento indígena como una forma legítima y esencial de sabiduría, las bibliotecas pueden ayudar a reconstruir las relaciones que fueron cortadas por las historias coloniales, contribuyendo al proceso en curso de curación y soberanía. El acto de descolonizar las colecciones de las bibliotecas no es sólo una búsqueda intelectual, es un acto político y cultural de solidaridad que requiere un cambio en la forma en que entendemos el conocimiento y qué conocimiento se valora en nuestras instituciones.

El legado del colonialismo en los sistemas de conocimiento indígenas

Las potencias coloniales intentaron subyugar a los pueblos indígenas no sólo mediante la violencia y el despojo, sino también a través de la dominación intelectual. La destrucción de las tradiciones orales, la conversión de las prácticas sagradas en rituales «primitivos» y la supresión de las lenguas indígenas fueron esfuerzos deliberados para borrar el conocimiento indígena. Al someter a los pueblos indígenas a los sistemas jurídicos, económicos y educativos europeos, sus epistemologías se volvieron invisibles o se consideraron inferiores.

Esta historia sigue condicionando la forma en que interactuamos con los conocimientos indígenas en la actualidad. En muchos casos, los sistemas académicos y bibliotecarios occidentales siguen asumiendo que el conocimiento indígena es primitivo, acientífico o poco fiable. Y aunque se han hecho algunos esfuerzos por recuperar e integrar el conocimiento indígena en los sistemas convencionales, estos esfuerzos suelen estar plagados de dificultades, ya que el marco occidental dominante sigue vigente.

Como explica la académica Linda Tuhiwai Smith en *Decolonizing Methodologies*, para los pueblos indígenas, el proceso de recuperación del conocimiento es un proceso de supervivencia cultural. El trabajo de descolonización está inextricablemente ligado al acto de recuperar nuestras propias historias, lenguas y prácticas. Esta recuperación no es meramente académica, sino que está profundamente arraigada en el resurgimiento cultural y la soberanía política. Las bibliotecas, como instituciones que dan forma a cómo se recopila, clasifica y difunde el conocimiento, deben lidiar con la historia y el impacto continuo del colonialismo en los sistemas de conocimiento indígena.

Por qué las bibliotecas deben comprometerse con los sistemas de conocimiento indígenas

Las bibliotecas ocupan una posición única en la sociedad. No son sólo depósitos de libros y datos, son espacios que ayudan a definir y dar forma a la memoria colectiva. Como tales, las bibliotecas deben ser proactivas a la hora de comprometerse con los sistemas de conocimiento indígenas, no simplemente como objetos para ser estudiados o archivados, sino como cuerpos de conocimiento vivos y en evolución que forman parte integral de nuestra comprensión colectiva del mundo. Este compromiso es vital por varias razones:

- Respetar la soberanía y la autodeterminación indígenas: Comprometerse con el conocimiento indígena significa reconocer la soberanía de los pueblos indígenas sobre su propiedad intelectual y cultural. Durante demasiado tiempo, las bibliotecas han tratado el conocimiento indígena como un recurso académico que debe extraerse, clasificarse y almacenarse de forma que sirva a los intereses coloniales. La descolonización de esta práctica exige que las bibliotecas trabajen en colaboración con las comunidades indígenas, respetando el control que ejercen sobre sus conocimientos y tradiciones intelectuales. Esto puede adoptar la forma de repatriación de materiales culturales, co-curaduría de colecciones con las comunidades indígenas, y el apoyo a las iniciativas dirigidas por indígenas que se centran en la preservación y revitalización de los sistemas de conocimiento.
- Contrarrestar la injusticia epistémica: Los sistemas de conocimiento indígenas suelen ser ignorados o desestimados en entornos académicos y profesionales. Se trata de una forma de injusticia epistémica, en la que ciertas formas de conocimiento son sistemáticamente excluidas, silenciadas o invalidadas. Las bibliotecas desempeñan un papel crucial en la lucha contra esta injusticia, garantizando que el conocimiento indígena sea tratado con el mismo respeto que los sistemas de conocimiento occidentales. Una forma concreta de hacerlo es adoptando prácticas de catalogación integradoras que reconozcan las lenguas, conceptos y marcos de

referencia indígenas. Por ejemplo, una biblioteca podría trabajar con las comunidades indígenas para desarrollar encabezamientos de materia culturalmente apropiados, o garantizar que los autores y estudiosos indígenas estén representados en sus colecciones. Las bibliotecas también deberían considerar cómo clasifican y organizan los materiales, asegurándose de que el conocimiento indígena no queda relegado a los márgenes, sino que se sitúa en el centro de la producción y difusión del conocimiento.

- Revitalizar las lenguas y tradiciones orales indígenas: Un componente clave de los sistemas de conocimiento indígenas es la lengua. Las lenguas indígenas están profundamente ligadas a la visión del mundo y a la transmisión del conocimiento, y su revitalización es una parte vital del movimiento más amplio hacia la soberanía cultural. Las bibliotecas no sólo deben recopilar materiales en lenguas indígenas, sino también apoyar activamente los esfuerzos de revitalización lingüística a través de recursos como programas de aprendizaje de idiomas, archivos digitales y eventos comunitarios. De este modo, las bibliotecas pueden convertirse en centros de revitalización de las tradiciones orales, garantizando que los relatos, las enseñanzas y las historias que se han transmitido de generación en generación se conserven y compartan de forma que honren sus orígenes. El reto consiste en ir más allá de la palabra escrita, reconociendo el valor del conocimiento oral y de las formas de expresión no textuales, como canciones, representaciones y rituales.
- Facilitar la colaboración comunitaria y el intercambio de conocimientos: Las bibliotecas se han considerado durante mucho tiempo espacios neutrales para la investigación y la educación. Sin embargo, cuando se trata del conocimiento indígena, la neutralidad debe dar paso a la colaboración. Comprometerse con los sistemas de conocimiento indígenas exige un compromiso de colaboración profunda y respetuosa con las comunidades indígenas. Las bibliotecas deben ser lugares donde los pueblos indígenas puedan compartir sus conocimientos en sus propios términos, ya sea a través de archivos comunitarios, historias orales o talleres. Este compromiso no es un acto aislado o un gesto simbólico, sino que debe ser un proceso continuo de colaboración que genere confianza, comprensión compartida y

respeto mutuo. Los bibliotecarios pueden actuar como facilitadores, ayudando a crear un espacio para el intercambio de conocimientos, al tiempo que aprenden de las perspectivas y la sabiduría indígenas.

Las bibliotecas como agentes de transformación

Las bibliotecas pueden desempeñar un papel transformador en el movimiento descolonial, pero sólo si se comprometen activamente con los sistemas de conocimiento indígenas y adoptan prácticas que reflejen un compromiso con la descolonización. Esto significa alejarse de un modelo de conocimiento que da prioridad a los marcos occidentales y, en su lugar, adoptar un enfoque pluralista e inclusivo que valore todo el espectro de la sabiduría humana.

Al hacerlo, las bibliotecas no sólo preservan el conocimiento, sino que ayudan a replantear las narrativas que han dado forma a nuestro pasado colectivo. Al adoptar el conocimiento indígena como una práctica viva y en evolución, las bibliotecas pueden contribuir al proceso continuo de curación, reconstrucción y descolonización.

Como dice la autora y activista Leanne Betasamosake Simpson en *As We Have Always Done*, la descolonización no es una metáfora: es una forma de vida, una manera de estar en el mundo, un despertar a la tierra, a los ancestros, a las ceremonias, a las historias, a la sabiduría que ha estado aquí desde tiempos inmemoriales. Las bibliotecas tienen el poder de ayudar a despertar esta sabiduría, de traerla al presente y de garantizar que no se pierda para las generaciones futuras.

Conclusión

Ahora que las bibliotecas se encuentran en la encrucijada de la transformación cultural, el imperativo de comprometerse a fondo con los sistemas de conocimiento indígenas nunca ha sido tan claro. El viaje descolonial no es una moda pasajera, sino un proceso

esencial y continuo de reimaginación del papel de las bibliotecas en un mundo en el que la dinámica histórica del poder sigue moldeando nuestra comprensión del conocimiento. Al comprometerse activamente con el conocimiento indígena, las bibliotecas no sólo preservan y protegen el patrimonio cultural, sino que también contribuyen al resurgimiento de las formas indígenas de conocer y ser.

Sin embargo, la tarea no es fácil. Exige que las bibliotecas se replanteen prácticas profundamente arraigadas, como la creación de colecciones, la catalogación y la participación de la comunidad. Exige que los bibliotecarios sean humildes, aprendan de las comunidades indígenas y centren las voces indígenas en los espacios que hemos dominado durante mucho tiempo. Esta transformación no consiste simplemente en la inclusión, sino en la reconfiguración de los fundamentos mismos de la conservación y difusión del conocimiento. Las bibliotecas deben convertirse en lugares donde se respeten las epistemologías indígenas y se les dé espacio para florecer, en lugar de simplemente «añadirlas» a las colecciones existentes.

En esta era de despertar descolonial, las bibliotecas tienen un papel fundamental que desempeñar como nueva primera línea del conocimiento. El camino hacia la descolonización exige esfuerzo, humildad y colaboración, pero también promete un panorama intelectual más rico y diverso, en el que todos los conocimientos se honren por igual. A medida que las bibliotecas se orientan hacia estos principios, no sólo desmantelan los sistemas coloniales que han oprimido históricamente el conocimiento indígena, sino que también sientan las bases para un futuro verdaderamente inclusivo en el que el conocimiento se comparte, celebra y co-crea entre culturas y comunidades.

Las bibliotecas tienen el poder de redefinir el mundo del conocimiento y, al hacerlo, pueden convertirse en poderosos lugares de resurgimiento cultural, sanación y empoderamiento tanto para las comunidades indígenas como para la sociedad global.

Referencias

- Simpson, Leanne Betasamosake (2017). *As we have always done: Indigenous freedom through radical resistance*. Minneapolis: The University of Minnesota.
- Tuhiwai Smith, Linda (2008). *Decolonizing Methodologies: Research and Indigenous Peoples*. London & New York: Zed Books Ltd.

Descolonizando mi biblioteca #05

¿Son nuestras colecciones parte del problema?

Evaluando colecciones en busca de sesgos coloniales

Introducción

Las bibliotecas desempeñan un papel importante a la hora de determinar cómo se recoge, gestiona, comparte, accede y conserva el conocimiento y la memoria. Sin embargo, esta responsabilidad va más allá de la mera organización de documentos o de la puesta a disposición de información: exige un compromiso permanente para evaluar de forma crítica los sistemas que influyen en la forma en que se clasifica, almacena y difunde el conocimiento. ¿Son nuestras colecciones parte del problema?

En este post, examinaré cómo el legado del colonialismo sigue impregnando sutilmente —y a veces no tan sutilmente— nuestras colecciones bibliotecarias, y el papel crucial que las bibliotecas deben desempeñar en la identificación y el desmantelamiento de estos sesgos coloniales. La influencia del colonialismo en las bibliotecas no siempre es visible de forma inmediata, pero el marco que sustenta los materiales que recopilamos, los conocimientos que priorizamos y las perspectivas que elevamos refleja siglos de dominación y marginación cultural.

¿De qué manera la historia colonial sigue configurando las colecciones bibliotecarias?
¿Qué medidas pueden tomar los bibliotecarios para cuestionar y corregir estos sesgos?

El silencioso legado colonial en las colecciones

El colonialismo no consistió sólo en la conquista territorial, sino también en el control y la manipulación del conocimiento. Las potencias coloniales europeas no sólo se apoderaron de tierras y recursos, sino que también impusieron a los pueblos colonizados su propia visión del mundo, considerada superior y más "civilizada". Un elemento central

de este proyecto imperial fue la imposición de sistemas europeos de conocimiento y categorización, ya fuera en términos de ciencia, literatura, historia o cultura.

Las bibliotecas, históricamente arraigadas en las tradiciones occidentales, a menudo han perpetuado este legado colonial, a veces sin saberlo. La lente eurocéntrica a través de la cual organizamos, clasificamos y preservamos el conocimiento sigue dando forma a los recursos que proporcionamos. Estos sesgos no sólo son visibles en el contenido de las colecciones, sino también en los sistemas que utilizamos para categorizar y etiquetar los materiales, ignorando a menudo las diversas formas en que se crea, entiende y transmite el conocimiento entre diferentes culturas.

El colonialismo en las bibliotecas no es un hecho del pasado: es un proceso continuo, sostenido por sistemas y estructuras actuales que siguen manteniendo el dominio occidental en el campo del saber. Las bibliotecas que se construyeron sobre cimientos coloniales reflejan estos sesgos al dar prioridad a determinadas visiones del mundo y eliminar otras.

Desenmascarar el sesgo colonial

Reconocer el sesgo colonial es el primer paso para abordarlo, y esto requiere que cuestionemos lo que a menudo damos por sentado como "normal" o "neutral". Cuando pensamos en las colecciones bibliotecarias, solemos considerarlas depósitos de información. Pero, ¿y si ese conocimiento ha sido moldeado y refleja una historia de poder colonial?

A la hora de evaluar las colecciones de nuestras bibliotecas, estos son algunos signos de que puede existir un sesgo colonial:

- Falta de representación: ¿Cuántas obras de autores indígenas, negros u otros grupos marginalizados hay? ¿Hay un equilibrio justo entre conocimientos occidentales y no

occidentales? La ausencia de voces, perspectivas y experiencias diversas suele ser un resultado directo de los desequilibrios coloniales en lo que se considera conocimiento válido.

- Narrativas eurocéntricas: ¿Priorizan nuestras colecciones las cosmovisiones europeas u occidentales, presentándolas como la verdad universal o por defecto? Las perspectivas no occidentales se presentan a menudo como "otras", relegadas a secciones especiales o etiquetadas como excepciones. Esto refuerza la idea de que el pensamiento europeo u occidental es el centro de toda vida intelectual.
- Representación errónea y estereotipada: Cuando se incluye a autores o sujetos no occidentales, ¿se les reduce a representaciones simplistas o estereotipadas que no reflejan la complejidad de sus culturas e historias? Esta forma de representación perpetúa las perjudiciales narrativas coloniales, que tachan a los pueblos y culturas no occidentales de inferiores o menos importantes.
- Lenguaje y terminología coloniales: El lenguaje desempeña un poderoso papel a la hora de determinar cómo entendemos el mundo. Términos coloniales como "primitivo", "salvaje" o "incivilizado" aún perduran en muchos sistemas de catalogación y en no pocas descripciones de libros, reflejando visiones del mundo anticuadas y perjudiciales que devalúan los sistemas de conocimiento no occidentales. ¿Siguen formando parte estos términos del léxico de nuestras bibliotecas?
- Silenciar el conocimiento indígena y local: Uno de los efectos más duraderos del colonialismo en las bibliotecas es la eliminación o marginación de los sistemas de conocimiento indígenas. Estas epistemes, a menudo orales o experienciales, se excluyen sistemáticamente de las instituciones académicas, que históricamente han privilegiado las formas escritas y occidentales de saber. ¿Cuántos recursos de nuestras bibliotecas dan cabida al conocimiento indígena en igualdad de condiciones con el occidental?

Edward Said, en su obra *Orientalism* (1978), mostró cómo el mundo académico occidental construyó una imagen de "Oriente" como el "Otro" exótico y atrasado,

enmarcándolo como un lugar que necesita control y civilización. Este marco de categorización sigue influyendo en la organización actual del conocimiento. Las bibliotecas, como "guardianes" del conocimiento, han sido cómplices de la perpetuación de estas construcciones coloniales al organizar, almacenar y difundir la información de manera que refleje esas narrativas tan sesgadas.

Pasos para evaluar el sesgo colonial en las colecciones

Una vez que hayamos reconocido los signos del sesgo colonial, podemos empezar a tomar medidas concretas para evaluarlos y abordarlos. Este proceso requiere una evaluación cuidadosa de los materiales que poseemos, las formas en que se clasifican y cómo se ponen a disposición de los usuarios de la biblioteca. He aquí algunas medidas para empezar:

- Revisar las políticas de desarrollo de colecciones: ¿Reflejan nuestras políticas un compromiso explícito con la inclusión y la descolonización? Un enfoque descolonial sólido debería dar prioridad a los materiales que cuestionan los sistemas de conocimiento hegemónicos, amplifican las voces marginadas y aportan perspectivas diversas a las visiones dominantes.
- Auditar nuestras colecciones en busca de diversidad: Una auditoría es una herramienta fundamental a la hora de identificar las lagunas en la representatividad. ¿Cuánta visibilidad tienen las voces no occidentales, indígenas y marginadas en nuestras colecciones? Esta auditoría debería realizarse no sólo en áreas especializadas (estudios indígenas o postcoloniales), sino en todas las áreas temáticas, incluidas las artes, las ciencias y la historia.
- Colaborar con las partes interesadas de la comunidad: La verdadera inclusión no puede lograrse sin escuchar a aquellos cuyas voces han sido silenciadas. La colaboración con las comunidades indígenas y otros grupos marginados representados en nuestras colecciones nos ayudará a saber si nuestros materiales

responden a sus necesidades y si representan fielmente sus sistemas de conocimiento.

- Cuestionar nuestros sistemas de clasificación: ¿Cómo se clasifican los materiales en nuestras bibliotecas? ¿Los sistemas de clasificación, como el Decimal Dewey o el de la Biblioteca del Congreso, reflejan una visión eurocéntrica del mundo? Reevalúe nuestros sistemas de clasificación y considere la posibilidad de incorporar esquemas que reflejen el conocimiento indígena, local o no occidental.
- Dar cabida a los conocimientos indígenas y a otros conocimientos marginados: La descolonización de nuestras colecciones también implica la búsqueda activa de fuentes de conocimiento indígenas. Esto puede incluir tradiciones orales, metodologías de investigación y relatos históricos locales que a menudo se pasan por alto en la academia.

La obra de Gayatri Chakravorty Spivak sobre el subalterno (1988) ofrece una perspectiva vital para comprender el modo en que el colonialismo silenció las voces de los marginados. Spivak explora cómo los sistemas intelectuales y culturales han hecho invisibles las voces de los pueblos indígenas y otros grupos colonizados, dejando sus conocimientos sin contar y sin escuchar. Las bibliotecas pueden desempeñar un papel clave en la rectificación de esta situación, amplificando las voces de los que una vez fueron silenciados.

¿Por qué es importante?

Las bibliotecas son algo más que depósitos de saberes y recuerdos: son poderosas instituciones culturales que configuran la forma en que las sociedades ven y valoran el conocimiento en sí mismo. Al hacer frente a los prejuicios coloniales en nuestras colecciones, no sólo corregimos errores históricos, sino que también participamos en un acto de reparación social. Esta labor es una parte esencial de la descolonización, un proceso que va mucho más allá de las bibliotecas y que implica replantearse cómo se distribuye el poder en la creación, validación y difusión de la información.

Este proceso requiere paciencia, dedicación y la voluntad de emprender una autorreflexión seguramente incómoda. Pero también abre la posibilidad de un cambio transformador en la forma en que las bibliotecas sirven a sus comunidades, permitiendo que las voces marginadas sean escuchadas y valoradas en pie de igualdad.

Conclusión

La pregunta de si nuestras colecciones son parte del problema colonial puede resultar incómoda, pero es una cuestión que las bibliotecas deben afrontar sin rodeos si queremos estar a la altura de nuestra misión de servir a todos por igual. Al auditar y revisar nuestras colecciones, damos un paso crucial hacia la creación de bibliotecas inclusivas, equitativas y justas. Este proceso no consiste únicamente en cambiar el contenido de nuestras estanterías, sino en transformar los cimientos mismos de nuestros sistemas de conocimiento, creando un futuro más justo y representativo para todos.

Las bibliotecas tienen el poder de curar, educar y alterar el statu quo. La labor de descolonizar nuestras colecciones es un paso importante en la creación de bibliotecas que sirvan como espacios equitativos en los que el conocimiento de todos los rincones del mundo se valore por igual.

Referencias

- Said, Edward W. (2003). *Orientalism*. London: Penguin Books.
- Spivak, Gayatri Chakravorty (1988). "Can the Subaltern Speak?" In C. Nelson and L. Grossberg (eds.) *Marxism and the Interpretation of Culture*. Urbana/Chicago: University of Illinois Press, pp. 42-58.

Descolonizando mi biblioteca #06

Las bibliotecas como aliadas de las narrativas marginadas

Colaboración con comunidades infrarrepresentadas

Introducción

Las bibliotecas se han considerado (y han sido, en buena parte de los casos) espacios de información, educación y vínculo con la comunidad. Pero, ¿qué ocurre cuando tales espacios se comprometen realmente con las comunidades a las que sirven, en particular con aquellas que han sido históricamente marginadas o infrarrepresentadas? Como gestores de conocimiento y memoria, las bibliotecas tienen la responsabilidad única de garantizar que esas voces no sólo se escuchen, sino que también se protejan y amplifiquen.

En esta entrada exploro la importancia de las bibliotecas en su rol de aliadas en la lucha de las comunidades marginalizadas por la representatividad, y cómo podemos comprometernos activamente con las voces infrarrepresentadas para garantizar que nuestras colecciones reflejen la riqueza y la diversidad de las sociedades a las que servimos. La colaboración es clave en tal proceso: al asociarse con los grupos marginalizados, las bibliotecas pueden desafiar aquellas prácticas que resulten excluyentes, y contribuir a crear un ecosistema de conocimiento más rico e inclusivo.

La marginación de ciertas narrativas

Históricamente, las bibliotecas han solido ser cómplices de las narrativas dominantes: esas que han dejado de lado las experiencias, culturas e historias de muchísimos colectivos y sociedades. Estos grupos incluyen, pero no se limitan, a los pueblos indígenas, las comunidades "de color", las poblaciones LGBTQ+ y los sectores económicamente desfavorecidos. Una combinación de barreras sistémicas y exclusión histórica ha llevado a que las contribuciones y experiencias vividas por estas y muchas

otras comunidades hayan estado infra- o incorrectamente representadas en las colecciones y sistemas bibliotecarios.

En muchas bibliotecas occidentales tradicionales, por ejemplo, los saberes y las perspectivas indígenas se han pasado por alto o se han enmarcado en una mirada colonial. El conocimiento indígena —a menudo oral, relacional y profundamente arraigado en geografías y visiones del mundo específicas— ha sido históricamente excluido de los sistemas de catalogación de bibliotecas, dominados por formas occidentales de transmisión escrita. Como resultado, a las comunidades que poseen y manejan tales soportes informativos se les niega con frecuencia el acceso a sus propias historias, voces y patrimonio intelectual.

El auge de movimientos por la justicia social, como Black Lives Matter, y los movimientos por los derechos de los indígenas, han puesto de relieve la urgente necesidad de reconsiderar qué voces se priorizan en las instituciones educativas y socio-culturales, incluidas las bibliotecas. Es crucial que estas últimas reconozcan que todo el mundo debe poder contar y acceder a sus propias historias, y que las bibliotecas son mucho más que meros depósitos: son plataformas para la creación, el intercambio y la validación del conocimiento y la memoria.

El rol de las bibliotecas como aliadas

El concepto de la biblioteca como aliada de las comunidades marginalizadas implica que es preciso cambiar la perspectiva de esos espacios: de proveedores pasivos de información a colaboradores activos en la lucha por la equidad y la representación. La pregunta para los bibliotecarios y las instituciones culturales ya no es sólo "¿Qué podemos hacer por estas comunidades?", sino "¿Cómo podemos trabajar con ellas para amplificar sus voces y garantizar que sus narrativas no sólo se incluyan, sino que sean centrales en la historia que contamos?"

Las bibliotecas están cada vez más llamadas a descolonizar sus prácticas, no sólo en términos de colecciones y servicios, sino también en las relaciones que establecen con las comunidades. Esto implica crear espacios para el diálogo, compartir el poder, y generar confianza con quienes han sido sistemáticamente excluidos de los sistemas de producción y gestión de conocimiento.

El compromiso activo con los grupos marginalizados es un primer paso crucial. Esto puede necesitar de iniciativas de divulgación, programación impulsada por la comunidad, y asociaciones con organizaciones locales que trabajan con / en comunidades infrarrepresentadas. Las bibliotecas deben proporcionar espacios donde estos grupos puedan compartir sus historias, ya sea a través de historias orales, eventos de producción, o proyectos de investigación colaborativa.

Una de las formas más eficaces en que las bibliotecas pueden colaborar con las comunidades marginalizadas es mediante la creación conjunta de recursos. En lugar de limitarse a conservar contenidos que hablen de las experiencias de estas comunidades, las bibliotecas deberían invitar a los miembros de tales colectivos a crear contenidos que representen sus realidades vividas. Esto puede incluir la digitalización de conocimientos locales, archivos y relatos personales que tradicionalmente se han pasado por alto.

Por último, las bibliotecas también pueden ser poderosas plataformas para las voces marginalizadas, proporcionando acceso al espacio, la tecnología y las herramientas que permiten a los miembros de la comunidad recuperar y transmitir sus propias narrativas. Los talleres de narración digital, los espacios de podcasting y los recursos de producción de vídeo pueden capacitar a las comunidades para producir sus propios contenidos en sus propios términos — contenidos que luego pueden ser compartidos, y conservados en la biblioteca.

Para empoderar verdaderamente a las comunidades marginalizadas, las bibliotecas deben reconocer que no basta con trabajar dentro de los sistemas occidentales

tradicionales: deben ayudar a desarrollar nuevas herramientas, nuevas estructuras y nuevas formas de participación que centren las voces y las necesidades de las comunidades a las que sirven.

Retos y oportunidades de la cooperación

A pesar de los progresos que las bibliotecas han realizado en los últimos años, siguen existiendo importantes retos a la hora de relacionarse con las comunidades infrarrepresentadas. Muchas bibliotecas siguen funcionando dentro de marcos diseñados por y para las culturas occidentales dominantes, generalmente blancas, académicas y / o heteropatriarcales. Estos marcos no siempre responden a las necesidades de los grupos marginalizados; como consecuencia, las bibliotecas pueden tener dificultades para generar confianza o colaborar de forma significativa con comunidades que, históricamente, se han visto perjudicadas por las instituciones educativas y culturales.

El legado histórico de explotación, tergiversación y discriminación sistémica ha creado una profunda desconfianza hacia espacios institucionales como las bibliotecas. Para muchas comunidades marginalizadas, la biblioteca puede representar otra iteración de las estructuras de poder coloniales, por lo que es esencial que se demuestre un compromiso genuino con la escucha, la colaboración y la cocreación del conocimiento.

Las bibliotecas que adoptan el papel de aliadas pueden convertirse en centros de empoderamiento, transformación y curación de la comunidad. Al trabajar con grupos marginalizados, estos espacios de gestión de saberes y recuerdos tienen la oportunidad de derribar los muros que tradicionalmente han separado a las "instituciones" de las "comunidades", tendiendo puentes de solidaridad que pueden transformar no sólo las colecciones y los servicios bibliotecarios, sino también la relación de la comunidad con el conocimiento.

Conclusión

Las bibliotecas pueden ser, en el mejor de los casos, lugares de inclusión, conexión y empoderamiento. Pero este potencial sólo puede hacerse realidad si son proactivas a la hora de trabajar con las comunidades infrarrepresentadas, descolonizando sus prácticas y adoptando formas nuevas y más equitativas de servir a todos los usuarios. Las bibliotecas deben ir más allá de lo meramente simbólico y comprometerse activamente con los grupos marginalizados, para hacer de sus voces una parte central de la narrativa. Como aliadas en la lucha por la representación, pueden contribuir a dar forma a una sociedad más justa e integradora: una en la que el conocimiento y la memoria de todas las personas se valore, preserve y comparta en pie de igualdad.

Si las bibliotecas quieren desempeñar realmente su papel como instituciones del conocimiento y la educación, deben comprometerse a centrar los márgenes. Porque el futuro del conocimiento pertenece a todos, no sólo a unos pocos privilegiados.

Descolonizando mi biblioteca #07

Una revuelta contra las normas

Diseñando políticas de adquisición inclusivas / disruptivas

Introducción

Las políticas de adquisición constituyen el núcleo de las colecciones de las bibliotecas. Determinan qué conocimientos se consideran dignos de preservación y difusión, y pueden configurar el panorama cultural e intelectual durante generaciones.

Sin embargo, estas políticas se han diseñado a menudo dentro de marcos estrechos, reforzando históricamente las estructuras de poder coloniales y eurocéntricas. Al reevaluar y cuestionar estos marcos, las bibliotecas tienen el potencial de convertirse en espacios revolucionarios en los que las diversas narrativas, especialmente las de las comunidades marginadas, reciban la atención y el respeto que merecen. Diseñar políticas de adquisición inclusivas no es sólo una cuestión de ética, sino también un paso fundamental para dismantelar siglos de legado colonial en bibliotecas y archivos.

El poder de las políticas de adquisición

Las políticas de adquisición son los arquitectos silenciosos de las colecciones de las bibliotecas. Aunque a menudo se tratan como herramientas administrativas, estas políticas reflejan valores sociales profundamente arraigados. ¿Qué materiales se seleccionan para su inclusión y cuáles se excluyen? ¿Qué autores se celebran y cuáles se ignoran? Estas decisiones influyen no sólo en el contenido de las colecciones, sino en el propio marco de conocimiento que las bibliotecas ofrecen a sus comunidades.

Históricamente, las políticas de adquisición han priorizado en gran medida las obras que se alinean con los valores y tradiciones eurocéntricos y occidentales, marginando otras formas de conocimiento. El colonialismo ha desempeñado un papel importante en este

proceso, ya que las potencias coloniales recopilaban, controlaban y a menudo tergiversaban sistemáticamente los conocimientos producidos por las comunidades indígenas, negras y no occidentales. Incluso hoy en día, las bibliotecas siguen aplicando marcos que han sido moldeados por esta historia colonial, perpetuando inadvertidamente estos desequilibrios de poder.

Los libros que no tenemos nos dicen tanto sobre quiénes somos como los que sí tenemos. Lo que las bibliotecas deciden coleccionar, y lo que no, dice mucho de sus prioridades institucionales y de su postura sobre el conocimiento de quién es valioso.

Al cambiar activamente las estructuras de adquisición, las bibliotecas pueden ofrecer una imagen más completa e inclusiva del mundo, honrando las contribuciones intelectuales de las comunidades marginadas y desmantelando al mismo tiempo el marco colonial que ha dado forma a gran parte de nuestro patrimonio intelectual.

Romper con los marcos coloniales

Durante gran parte de la historia, las bibliotecas y los archivos se han regido por marcos epistemológicos occidentales, que a menudo han servido para silenciar o tergiversar formas de conocimiento no occidentales. Estos marcos estaban influidos por las potencias coloniales que definían lo que se consideraba conocimiento «valioso» y excluían las visiones alternativas del mundo. Muchas políticas de adquisición siguen reflejando estos sesgos coloniales, subrepresentando la rica diversidad del pensamiento y la experiencia humanos.

La descolonización de las políticas de adquisición exige un cambio radical de perspectiva. Se trata de cuestionar supuestos arraigados y dar cabida a materiales históricamente marginados. Es esencial:

- Buscar activamente materiales procedentes de comunidades infrarrepresentadas, garantizando la inclusión de obras de indígenas, negros y otros grupos históricamente marginados.
- Cuestionar el predominio de las narrativas occidentales en favor de conocimientos que reflejen experiencias, ideologías e historias diversas.
- Reconocer el valor de los formatos no tradicionales, como las historias orales, las artes visuales y los materiales producidos por la comunidad, que pueden no encajar en las rígidas estructuras de la edición tradicional.

Además de estas acciones, las bibliotecas deben considerar su papel en el refuerzo o desmantelamiento de las estructuras coloniales. Esto significa no sólo revisar lo que se añade a las colecciones, sino también cómo se adquieren, procesan y hacen accesibles los materiales.

El papel de los bibliotecarios como perturbadores

Los bibliotecarios son algo más que custodios neutrales de la información: son administradores del patrimonio cultural e intelectual. El acto mismo de adquirir materiales es político. Los bibliotecarios deben cuestionar los enfoques convencionales del desarrollo de colecciones y desempeñar un papel activo en la descolonización de las prácticas de adquisición. Esto significa oponerse a los prejuicios institucionales, examinar sus propios supuestos y trabajar por la inclusión de voces e historias que han sido sistemáticamente excluidas.

El proceso de adquisición de materiales debe verse como una oportunidad para alterar el statu quo. Los bibliotecarios, a través de sus prácticas de adquisición, pueden ayudar a cambiar las normas sociales, superando los límites de los marcos tradicionales para apoyar colecciones inclusivas, equitativas y representativas. Esto requiere un esfuerzo intencionado para:

- Colaborar con diversas comunidades, tanto locales como mundiales, para garantizar que los materiales que producen sean reconocidos e incluidos.
- Replantearse qué constituye un conocimiento de «calidad» y reconocer que la excelencia no siempre se ajusta a las normas editoriales tradicionales o eurocéntricas.
- Fomentar la colaboración con grupos comunitarios, académicos y activistas que representen perspectivas marginadas, garantizando que su conocimiento se preserve y comparta en las bibliotecas.

La labor de cuestionar las políticas de adquisición es continua. Requiere un compromiso sostenido, educación y la voluntad de enfrentarse a verdades incómodas sobre las prácticas bibliotecarias y su papel en la perpetuación de las desigualdades sistémicas.

El impacto de la adquisición inclusiva

Al diseñar políticas de adquisición inclusivas, las bibliotecas tienen el potencial de crear colecciones más diversas, inclusivas y representativas. Estas políticas pueden dar lugar a:

- Potenciación de las comunidades marginadas: Garantizar que las obras de los grupos infrarrepresentados se incluyan en las colecciones de las bibliotecas no sólo valida sus contribuciones, sino que empodera a esas comunidades. Por ejemplo, la inclusión de literatura, historia y conocimientos indígenas ayuda a reivindicar y fortalecer identidades culturales que han sido sistemáticamente oprimidas.
- Una comprensión más holística del mundo: Las colecciones que reflejan diversas perspectivas ofrecen a los usuarios una comprensión más matizada y polifacética de la historia, la cultura y la sociedad. Al incorporar diversos puntos de vista, las bibliotecas crean oportunidades para el diálogo y el compromiso que cuestionan las narrativas dominantes y fomentan el pensamiento crítico.

- Creación de espacios de aprendizaje dinámicos: Las políticas de adquisición inclusivas ayudan a crear espacios bibliotecarios donde el aprendizaje es dinámico, relevante y refleja el mundo en el que vivimos. Estas bibliotecas pueden servir como centros para el cambio social, desafiando a los usuarios a reconsiderar las ideas heredadas y a comprometerse activamente con el conocimiento que históricamente ha sido marginado.

Conclusión

El diseño y la aplicación de políticas de adquisición inclusivas son cruciales para las bibliotecas que aspiran a ser agentes del cambio social. Al romper los marcos tradicionales de adquisición, las bibliotecas pueden crear colecciones que reflejen el mundo diverso y polifacético en el que vivimos. Este proceso requiere que los bibliotecarios actúen como disruptores, desafiando las normas establecidas e impulsando la inclusión de voces marginadas.

Sólo adoptando estos cambios podrán las bibliotecas convertirse en espacios verdaderamente inclusivos, donde el conocimiento se libere de las limitaciones de la dinámica colonial del poder y donde todos los usuarios estén invitados a participar en la plenitud del pensamiento y la cultura humanos.

Descolonizando mi biblioteca #08

Voces y formatos no occidentales en las bibliotecas

Poniendo de relieve las perspectivas no occidentales

Introducción

Históricamente, las bibliotecas han estado marcadas por los paradigmas occidentales, presentando el conocimiento a través de la lente de las culturas dominantes. El legado colonial que impregna las colecciones de las bibliotecas ha llevado a menudo a silenciar las voces y perspectivas del Sur Global, las comunidades indígenas y otros grupos marginados. Como parte del movimiento decolonial, las bibliotecas deben trabajar activamente para cambiar esta dinámica mediante el aumento de las voces no occidentales y formatos que han sido empujados a los márgenes durante siglos.

Este post explorará por qué es vital poner de relieve las perspectivas y materiales no occidentales en las bibliotecas, cómo identificar las lagunas en las colecciones, y las formas de crear espacios donde estas voces y documentos no sólo pueden existir, sino prosperar.

El legado colonial en las bibliotecas

El colonialismo no sólo afectó a las fronteras, las economías y las culturas, sino que también reconfiguró los sistemas de conocimiento. Las instituciones occidentales, incluidas las bibliotecas, han funcionado durante mucho tiempo como instrumentos del colonialismo, donde el conocimiento se recopilaba, catalogaba y, a menudo, se distorsionaba a través de un marco eurocéntrico. El resultado fue la marginación del conocimiento de culturas de África, Asia, América Latina y las comunidades indígenas (e incluso de las sociedades rurales tradicionales europeas). Cuando pensamos en las colecciones de las bibliotecas, debemos reconocer que los sistemas de conocimiento no

occidentales fueron a menudo ignorados, tergiversados o reducidos a un estatus secundario.

La época colonial trajo consigo la difusión generalizada de las ideas occidentales y la supresión de estructuras de conocimiento diferentes. Las bibliotecas, al igual que muchas otras instituciones, fueron cómplices de este proceso, ya que a menudo recopilaban y conservaban materiales producidos en Occidente mientras descuidaban o desacreditaban las fuentes no occidentales. Por ejemplo, mientras que muchas colecciones de bibliotecas cuentan con amplios volúmenes (libros y otros materiales impresos) sobre historia, filosofía y literatura europeas, pueden carecer de materiales sobre cosmovisiones indígenas, epistemologías africanas o tradiciones asiáticas de conocimiento. Cuando estas perspectivas están presentes, a menudo se filtran a través de una lente occidental, perpetuando una visión distorsionada de las culturas no occidentales.

Para deshacer este daño, las bibliotecas deben reconocer primero este legado y trabajar activamente para diversificar sus colecciones, asegurándose de que reflejan todo el espectro del conocimiento y la experiencia humanos. De este modo, las bibliotecas pueden desafiar el dominio global de los ideales occidentales y, en su lugar, celebrar la rica diversidad de tradiciones intelectuales que a menudo han sido excluidas.

La importancia de las perspectivas no occidentales

Destacar las perspectivas no occidentales no es un mero ejercicio de diversidad, sino un paso necesario hacia la justicia intelectual. Las epistemes (sistemas de conocimiento) no occidentales ofrecen formas únicas de pensar, ser y conocer que han sido suprimidas o pasadas por alto. En contraste con las narrativas individualistas y capitalistas que a menudo se promueven en Occidente, muchos sistemas de pensamiento no occidentales dan prioridad a la comunidad, el medio ambiente y la comprensión holística de la vida.

Por ejemplo, muchos sistemas de conocimiento indígenas, como los practicados por las comunidades nativas americanas y aborígenes australianas, se centran en la comprensión cíclica del tiempo, la administración de la tierra y el conocimiento relacional. Estos sistemas hacen especial hincapié en las tradiciones orales y los materiales pictóricos, donde las historias, las enseñanzas y las ceremonias se transmiten de generación en generación. En muchos casos, este conocimiento no es sólo informativo, sino relacional, interconectado con sistemas espirituales, ecológicos y sociales.

Además, las epistemologías africanas ofrecen ricas tradiciones de aprendizaje comunitario, historia oral y cosmologías que contrastan fuertemente con el individualismo y el racionalismo científico occidentales. Por ejemplo, el concepto (ahora ampliamente conocido) de Ubuntu, que hace hincapié en la interconexión, la compasión y la humanidad, ofrece una profunda contranarrativa a los ideales capitalistas occidentales de competencia e interés propio. Al elevar estas perspectivas, las bibliotecas pueden proporcionar al público herramientas para desafiar los sistemas insostenibles y potenciar nuevas soluciones a los retos globales.

En el mundo actual, en el que la sostenibilidad tanto de las sociedades humanas como del entorno natural se encuentra amenazada, el conocimiento que poseen estas comunidades no occidentales nunca ha sido tan relevante. Los sistemas de conocimiento no occidentales suelen hacer hincapié en la armonía con la naturaleza, la responsabilidad social y la sostenibilidad medioambiental a largo plazo, conceptos que podrían orientar las soluciones a las crisis mundiales contemporáneas, como el cambio climático y la desigualdad.

Al alzar voces no occidentales, las bibliotecas contribuyen a crear un panorama intelectual más inclusivo, rico y diverso. Estas voces aportan formas alternativas de entender el mundo y ofrecen valiosas perspectivas sobre la existencia humana y la sociedad. Es esencial que las bibliotecas no sólo presenten estas perspectivas, sino que

también aboguen por su centralidad en los debates globales sobre conocimiento y desarrollo.

Medidas que pueden tomar las bibliotecas

Para dar voz a las voces no occidentales, las bibliotecas deben identificar primero las lagunas de sus colecciones. ¿Son los libros, artículos y medios de comunicación disponibles representativos de las diversas perspectivas mundiales? ¿Se margina a los autores indígenas o africanos en favor de los autores occidentales? ¿Contienen los archivos y colecciones materiales de los antiguos países colonizados? ¿Incluyen materiales diferentes, como cestas, tejidos, esculturas u otro tipo de documentos? Llevar a cabo esta auditoría es esencial para los bibliotecarios que buscan diversificar las narrativas presentes en sus instituciones. Además, estas auditorías deberían ir más allá del contenido y examinar cómo se representan estas voces en los sistemas de catalogación de las bibliotecas. ¿Se clasifican las perspectivas indígenas como «folclore» o «etnografía», lo que puede devaluar la importancia de estas culturas y tradiciones? ¿Se siguen calificando de «mitos» los relatos e historias tradicionales? Los bibliotecarios deberían trabajar para corregir estas lagunas buscando y adquiriendo activamente materiales que representen a regiones y culturas infrarrepresentadas. Esto podría implicar la colaboración con organizaciones locales e internacionales que se centran en la producción de conocimientos indígenas, africanos y de otras culturas no occidentales.

Una de las formas más directas que tienen las bibliotecas de hacer oír las voces no occidentales es mediante políticas de adquisición que incluyan intencionadamente textos de regiones y culturas infrarrepresentadas. Los bibliotecarios también deben ser conscientes de la interseccionalidad dentro de estas comunidades, reconociendo que las experiencias de las mujeres, las personas queer y otros grupos marginados dentro de las culturas no occidentales a menudo se descuidan. Por ejemplo, adquirir obras de autoras negras del Sur Global o de autores indígenas que escriban en lenguas nativas puede ayudar a garantizar que se incluyan en la colección perspectivas más matizadas y

diversas. Aunque las editoriales y las prensas académicas occidentales siguen dominando el mercado mundial del libro, las bibliotecas pueden tomar medidas activas para apoyar a las editoriales de países no occidentales o a las pequeñas prensas independientes que se centran en narrativas globales fuera del canon occidental. Las asociaciones con organizaciones comunitarias locales, editoriales y organismos internacionales también pueden ampliar la variedad de materiales disponibles.

Las bibliotecas también pueden crear asociaciones con organizaciones comunitarias, instituciones culturales y redes internacionales para amplificar las voces no occidentales. Esto podría implicar trabajar con centros culturales para comisariar exposiciones o asociarse con grupos locales de inmigrantes y refugiados para crear contenidos que reflejen sus relatos e historias. Además, promover recursos de libre acceso y archivos digitales desde perspectivas no occidentales puede democratizar el acceso al conocimiento y apoyar la colaboración internacional.

También pueden celebrar actos y programas que pongan de relieve las tradiciones no occidentales, desde lecturas literarias y exposiciones de arte hasta proyecciones de películas y conferencias. Estos actos no deben limitarse a mostrar el arte no occidental, sino que también deben permitir debates que contextualicen la importancia de estas obras dentro de su marco cultural. La promoción de estas iniciativas dentro y fuera de la comunidad bibliotecaria es esencial para cambiar la percepción pública e influir en la política bibliotecaria.

Por último, un obstáculo importante para presentar voces no occidentales es la forma en que se organizan las colecciones. Muchos sistemas de catalogación y clasificación, como el sistema decimal Dewey o los encabezamientos de materia de la Biblioteca del Congreso, están profundamente arraigados en la epistemología occidental. Las clasificaciones del conocimiento africano o indígena se han limitado a menudo a lentes estereotipadas o coloniales. Las bibliotecas deben experimentar con alternativas, revisando los esquemas de clasificación para reflejar un enfoque más diverso y

culturalmente apropiado para organizar el conocimiento. Además, los bibliotecarios deben colaborar activamente con especialistas no occidentales, guardianes del conocimiento y líderes comunitarios para desarrollar metadatos culturalmente sensibles, prácticas de catalogación y nuevas formas de indización que reflejen las diversas visiones del mundo.

Voces no occidentales para el futuro

Al hacer resurgir las voces y los materiales no occidentales de las cenizas del colonialismo, las bibliotecas no sólo rectifican errores históricos, sino que dan forma a un futuro en el que las diversas perspectivas pueden liderar la resolución de los retos más acuciantes de la humanidad. Al poner de relieve las voces y los sistemas de conocimiento antaño suprimidos, las bibliotecas contribuyen a la creación de un mundo más integrador, equitativo y sostenible. Estos esfuerzos no son simplemente académicos; están profundamente conectados con la lucha actual por la justicia, la reconciliación y el respeto de todas las culturas. La descolonización de las bibliotecas es una parte esencial del esfuerzo global por construir un mundo más justo e integrador.

Las bibliotecas, como instituciones culturales, tienen la responsabilidad no sólo de reflejar sino de amplificar las voces de quienes han sido marginados históricamente. Mediante estrategias de recopilación intencionadas, la promoción y la colaboración con comunidades infrarrepresentadas, las bibliotecas pueden liderar el fomento de un mundo en el que el conocimiento sea verdaderamente compartido e inclusivo.

Lecturas

- Alfred, Taiaiake (2005). *Wasáse: Indigenous Pathways of Action and Freedom*. Peterborough: Broadview Press.

- Grosz-Ngaté, Maria (2020). Knowledge and Power: Perspectives on the Production and Decolonization of African/ist Knowledges. *African Studies Review*, 63 (4), pp. 689-718.
- Okojie, Victoria & Osahon Igbinoia, Magnus (2023). *Global Perspectives on Sustainable Library Practices*. Hershey, PA: IGI Global.

Descolonizando mi biblioteca #09

Redefiniendo las normas de catalogación para un mundo diverso

Prácticas de catalogación culturalmente relevantes

Introducción

La catalogación es algo más que un proceso técnico: es un acto que da forma a cómo entendemos e interactuamos con el conocimiento. Como columna vertebral de los sistemas bibliotecarios, la catalogación determina cómo se organizan los recursos, cómo se accede a ellos y, en última instancia, cómo los interpretan los usuarios.

Durante décadas, normas bibliográficas como la Clasificación Decimal Dewey (CDD) y los Encabezamientos de Materia de la Biblioteca del Congreso (LC) han sido esenciales para organizar el conocimiento. Sin embargo, estos sistemas generalmente se han desarrollado y estructurado en un marco eurocéntrico, reflejando ideologías occidentales e ignorando la riqueza y complejidad de los sistemas de conocimiento no occidentales, indígenas y marginalizados.

Aunque estas reglas tan reconocidas han sido de utilidad en el pasado, el panorama mundial de la gestión del conocimiento está evolucionando rápidamente, y la necesidad de prácticas inclusivas en la catalogación nunca ha sido más urgente. Si replantean sus procesos técnicos desde una perspectiva decolonial, las bibliotecas tienen la oportunidad de construir sistemas y lenguajes documentales que no sólo reflejen la diversidad del conocimiento global, sino que también afirmen el valor de todas las culturas y tradiciones desde una posición de equidad.

Las prácticas de catalogación culturalmente relevantes no deberían limitarse a añadir recursos "otros" a la colección: deberían centrarse en garantizar que tales recursos estén correctamente clasificados e indizados, que sean accesibles y que sean tratados con el respeto que merecen — y pierdan el calificativo de "otros". Esta entrada explorará la

importancia de este tipo de catalogación, los prejuicios inherentes a los sistemas tradicionales, y los pasos que las bibliotecas pueden dar para crear estructuras de conocimiento más inclusivas y equitativas.

El impacto colonial en la catalogación

Históricamente, las prácticas de catalogación han estado moldeadas por las normas académicas y culturales occidentales, que han dominado los sistemas de conocimiento durante siglos. Esquemas como CDD y LC se diseñaron desde una perspectiva eurocéntrica, categorizando y clasificando los recursos de acuerdo a conceptos, ideologías y epistemologías occidentales. Semejantes sesgos quedaron incrustados en la propia estructura de esos lenguajes documentales. Los sistemas de conocimiento no occidentales e indígenas, por ejemplo, suelen ser clasificados bajo "mitología", "folclore" o incluso "culturas primitivas", lo cual refuerza la idea de que esas epistemes son inferiores o secundarias al saber científico o histórico occidental.

Estas clasificaciones tienen un profundo impacto en cómo se percibe y cómo se trata el saber y la memoria. Al relegar las perspectivas no occidentales a categorías marginales, estos sistemas de catalogación perpetúan una jerarquía del conocimiento que privilegia los puntos de vista occidentales y silencia los demás. El componente colonial de estos esquemas sigue determinando la forma en que las bibliotecas recopilan, organizan y presentan los materiales, dejando a menudo sin representación, incomprendidos o mal categorizados los conocimientos indígenas, africanos, asiáticos y latinoamericanos.

Tal influencia colonial no es un mero hecho histórico, sino que sigue presente hoy en día en muchos sistemas de gestión del conocimiento. Aunque las bibliotecas han avanzado en la diversificación de sus colecciones, la catalogación de sus materiales a menudo respeta unas prácticas que resultan anticuadas y sesgadas, y que limitan el acceso a materiales auténticos de culturas no occidentales e indígenas.

La necesidad de una catalogación culturalmente pertinente

La catalogación culturalmente relevante es fundamental para las bibliotecas que aspiran a ser inclusivas, equitativas y representativas de la diversidad global del conocimiento. Cuando las prácticas de catalogación se basan en la sensibilidad cultural, no sólo proporcionan una representación más precisa de la información global, sino que también permiten a las comunidades marginalizadas ver sus culturas e historias reflejadas en las colecciones bibliotecarias. Más que un ajuste técnico, se trata de un cambio fundamental en la forma en que las bibliotecas entienden y valoran saberes y recuerdos.

Un componente central de la catalogación culturalmente relevante es cuestionar el dominio histórico de las narrativas occidentales. Si revisa y cuestiona los términos, las categorías y los esquemas utilizados para clasificar, las bibliotecas pueden dismantelar los prejuicios eurocéntricos que durante tanto tiempo han conformado sus prácticas. Esto implica no sólo reevaluar las categorías en las que se colocan los materiales no occidentales e indígenas, sino también repensar el lenguaje utilizado en la catalogación. Por ejemplo, términos como "mito", "folclore" o "superstición" pueden sustituirse por descriptores más respetuosos y precisos, como "tradiciones indígenas" o "conocimientos tradicionales".

La adopción de prácticas de catalogación culturalmente relevante también mejora la accesibilidad de las colecciones para usuarios diversos. Cuando los materiales se categorizan respetando los contextos culturales e intelectuales de los que proceden, hay más probabilidades de que los usuarios se relacionen con estos recursos de manera significativa. Esto también garantiza que todos los usuarios —independientemente de su procedencia— puedan encontrar conocimientos que hablen de sus propias experiencias e historias. Por ejemplo, en lugar de etiquetar las tradiciones orales africanas como "literatura oral", catalogarlas como "tradiciones narrativas africanas" permite una representación más respetuosa y precisa de tales prácticas culturales.

Retos de la catalogación culturalmente relevante

A pesar de la clara necesidad de una reforma, la aplicación de prácticas de catalogación culturalmente relevante se enfrenta a varios retos. El mayor obstáculo es el dominio de los sistemas existentes. La Clasificación Decimal Dewey y los Encabezamientos de Materia de la Biblioteca del Congreso (LC) están tan arraigados en la práctica bibliotecaria que cualquier intento de revisarlos o sustituirlos encuentra resistencia. Los bibliotecarios pueden sentirse limitados por los presupuestos institucionales, la formación y la falta de alternativas suficientes.

Un reto en particular es la falta de sistemas estandarizados y reconocidos mundialmente que puedan sustituir a los eurocéntricos. Si bien se han propuesto algunas iniciativas, como el Sistema de Clasificación Indígena, que sirvan como alternativas más sensibles desde el punto de vista cultural, su adopción no está muy extendida. Además, muchas bibliotecas pueden considerar que el coste y la complejidad de la transición a nuevos esquemas son demasiado elevados, especialmente cuando se enfrentan a recortes presupuestarios o a recursos limitados.

Otro reto importante es la dificultad inherente para conciliar el carácter universal de los sistemas de clasificación bibliotecaria con los saberes específicos y localizados que a menudo pasan por alto. Muchas culturas no occidentales no adhieren a la concepción occidental del conocimiento, que suele organizarse en categorías jerárquicas y lineales. Los sistemas no occidentales tienden a ser más fluidos, holísticos e interconectados, lo que suele dificultar la categorización cuando se usan sistemas como Dewey o LC. Los catalogadores suelen terminar viéndose forzados a sortear la tensión entre la universalidad de los sistemas de catalogación más conocidos y la diversidad de conocimientos que existe a nivel global.

Hacia prácticas de catalogación culturalmente relevante

Las bibliotecas deberían empezar por evaluar los encabezamientos de materia utilizados en sus sistemas de catalogación, en particular los que abordan conocimientos no occidentales o marginalizados. Los recursos sobre culturas indígenas, por ejemplo, no deberían relegarse a categorías como "primitivo" o "mitología". En su lugar, las bibliotecas pueden utilizar términos más respetuosos y adecuados al contexto, como "culturas indígenas" o "sabiduría nativa". Tal replanteamiento y reclasificación ayuda a reconocer el valor del conocimiento no occidental en sus propios términos, en lugar de a través de una lente eurocéntrica.

Una táctica posible es desarrollar sistemas de clasificación localizados, que reflejen las culturas y tradiciones específicas de las comunidades a las que se presta servicio. Continuando con el ejemplo anterior, las bibliotecas que atienden a poblaciones indígenas podrían desarrollar un esquema de clasificación que tenga en cuenta los saberes locales, las prácticas espirituales y la comprensión ecológica. Dicho esquema podría integrarse en alguno de los sistemas de catalogación más generales, como Dewey o LC, lo que permitiría a las bibliotecas respetar la especificidad cultural y, al mismo tiempo, mantener la coherencia entre las colecciones.

Los bibliotecarios deben dar prioridad a la colaboración con las comunidades con las que trabajan. El compromiso con los grupos indígenas, las minorías étnicas y otras comunidades marginalizadas garantiza que sus perspectivas estén representadas con exactitud en el proceso de catalogación. Esto podría implicar trabajar con los líderes comunitarios y los gestores / guardianes de saberes y recuerdos para garantizar que las prácticas de clasificación de la biblioteca se ajustan a los valores culturales locales. Semejante colaboración podría asegurar que el manejo de la información no se imponga desde el exterior, sino que se construya desde el interior.

Los bibliotecarios y catalogadores deberían recibir formación especializada en competencias culturales y prácticas decoloniales. Esta formación debería abordar la historia de la colonización en el ámbito de la bibliotecología y las ciencias de la información, proporcionar conocimientos sobre las epistemologías de las culturas no occidentales, y ayudar a los catalogadores a navegar por las complejidades de la decolonización de los sistemas de saber. La formación debería ser continua, ya que los conocimientos culturales evolucionan constantemente, y las prácticas de catalogación deberían ser dinámicas, para adaptarse a los nuevos eventos.

Las bibliotecas también podrían utilizar la tecnología para mejorar las prácticas de catalogación culturalmente relevante. Los recursos digitales, las normas de metadatos y las herramientas de clasificación en línea pueden ayudar a crear marcos de catalogación más adaptables e inclusivos. Mediante el uso de la tecnología, las bibliotecas pueden mejorar la capacidad de categorizar el conocimiento de diversos contextos culturales sin perder integridad.

La reforma de la catalogación debería ir acompañada de cambios en las políticas de desarrollo de colecciones. Las bibliotecas deberían dar prioridad a la inclusión de materiales diversos y asegurarse de que se categorizan adecuadamente. Podrían, por ejemplo, centrarse en la recopilación de literatura, arte y recursos históricos indígenas, y asegurarse de que esos materiales se catalogan de forma que reflejen su importancia cultural. Esta práctica no sólo amplificaría las voces marginalizadas, sino que también cuestionaría claramente el legado colonial incrustado en las colecciones bibliotecarias.

Conclusión

Redefinir las normas de catalogación resulta un aspecto esencial en el proceso de generación de espacios bibliotecarios que reflejen la diversidad intelectual global. A medida que se avanza, las bibliotecas deben replantearse los sistemas de trabajo tradicionales y adoptar prácticas culturalmente relevantes que honren las epistemes de

todas las culturas, especialmente de aquellas que se han visto históricamente marginalizadas.

El acto de catalogar no es un proceso neutral, ni uno puramente técnico: es una forma muy poderosa de gestionar saberes y recuerdos. Una que da forma a se ven, aprecian y entienden las diversas culturas y tradiciones. Al evaluar y decolonizar sus prácticas de catalogación, las bibliotecas pueden darle visibilidad y valor a todos los distintos sistemas de conocimiento, y contribuir así a la creación de entornos de información más equitativos e inclusivos. El viaje para redefinir el conocimiento comienza en el catálogo, y las bibliotecas están bien posicionadas para marcar el camino.

Descolonizando mi biblioteca #10

Formatos disruptivos: el poder de los medios no tradicionales

Promoviendo formatos y medios diversos

Introducción

La forma en la que definimos y transmitimos el conocimiento y la memoria ha estado dictada durante mucho tiempo por las estructuras dominantes — primero a través del texto escrito, y después a través de los medios digitales.

Históricamente, bibliotecas, archivos e instituciones académicas han privilegiado estos formatos, reforzando una visión estrecha de lo que constituye el conocimiento "válido". Sin embargo, fuera de esas instituciones, comunidades y sociedades humanas han preservado y compartido conocimiento y memoria a través de medios radicalmente diferentes, y a menudo marginalizados. Las tradiciones orales, los murales, los grafitis, los tejidos, las pinturas corporales, la cerámica e incluso los propios territorios encierran conocimientos tan ricos y complejos como cualquier libro impreso o base de datos digital.

Esta entrada explora el poder de estos formatos, los cuales desafían los paradigmas establecidos de transmisión del conocimiento y reclaman espacios para las voces marginalizadas. A diferencia de los denominados medios "alternativos", como las novelas gráficas o los podcasts, que ya se han integrado en el discurso bibliotecario dominante, estos formatos son verdaderamente disruptivos y siguen siendo en gran medida ignorados, descartados, o considerados meramente "simbólicos". Sin embargo, representan algunas de las formas más duraderas, subversivas y comunitarias de preservación del conocimiento y de narración de historias.

La persistencia de la oralidad

Mucho antes del lenguaje escrito, las sociedades humanas desarrollaron complejas tradiciones orales para transmitir la historia, las leyes, las cosmologías y las identidades. La oralidad no es sólo un medio de preservar el pasado: es una práctica viva y evolutiva que fomenta la memoria y la identidad colectivas. Para muchas comunidades indígenas, la palabra hablada no es secundaria frente al texto escrito, sino que es el principal modo de transmisión de conocimientos. Sin embargo, las bibliotecas y los archivos no logran dar cabida al conocimiento oral si no es a través de transcripciones, lo cual reduce las tradiciones dinámicas y performativas a palabras estáticas inscritas en una página.

Para aceptar las tradiciones orales como conocimiento legítimo, los espacios de gestión de conocimiento y memoria deben replantearse sus roles. No basta con grabar y archivar las narrativas habladas: hay que mantener vivas estas tradiciones mediante la interpretación, la participación de la comunidad y el respeto por las formas relacionales en que se transmite el conocimiento. La voz, el acto de contar historias, el contexto en el que se comparten: todos estos elementos importan tanto como el contenido en sí.

Grafitis, murales y la política del conocimiento público

Las paredes hablan. Desde los murales de Diego Rivera hasta los grafitis de resistencia de la Palestina ocupada, el arte público ha servido durante mucho tiempo como acto de contramemoria, desafiando las historias oficiales y reclamando espacios de opresión. A diferencia de los libros almacenados en salas de ambiente controlado, los grafitis y murales existen en público, accesibles a todos, sujetos a la acción de los elementos, al borrado y a la renovación. Desafían la idea de que el conocimiento pertenece a las instituciones y afirman que pertenece a la gente.

Las bibliotecas y los archivos suelen tratar estas expresiones visuales como efímeras, valiosas sólo cuando se conservan en fotografías o en análisis académicos. Pero para

honrar estas formas como verdadero conocimiento disruptivo, las instituciones deben ir más allá de la documentación y comprometerse activamente con las comunidades que las producen. Apoyar a los artistas locales, reconocer el arte callejero como testimonio histórico, y crear espacios donde pueda prosperar la narración visual pública son formas de romper el ciclo de borrado institucional.

Tejiendo conocimiento: Cestas, textiles y cerámica como archivos vivos

En muchas culturas, tejer es más que elaborar una artesanía: es una forma de codificar saberes y recuerdos. Los patrones, materiales y técnicas son portadores de historias, creencias espirituales y estructuras sociales. Una cesta tejida puede ser un mapa de territorios ancestrales; una tela, un linaje de generaciones; una pieza de cerámica, una narración de migración y adaptación. Sin embargo, en el paradigma de conocimiento dominante, estos objetos quedan relegados a las vitrinas de los museos y sus historias se separan de las manos que los crearon.

Para reconocer estos formatos como sistemas de conocimiento, debemos rechazar la idea de que son simples artefactos que hay que coleccionar. En su lugar, las bibliotecas y las instituciones culturales deberían apoyar las tradiciones vivas, colaborando con los artesanos, organizando talleres de tejido y alfarería, y tratando estas prácticas como actos continuos de narración y no como reliquias del pasado. Sólo entonces podrán estos formatos desbaratar el archivo colonial y reivindicar el lugar que les corresponde en el mundo del conocimiento.

El cuerpo como biblioteca: Tatuajes, escarificaciones y memoria encarnada

Para muchas culturas, el propio cuerpo es un archivo. Los tatuajes, la escarificación y otras formas de modificación corporal sirven como registros de identidad, pertenencia y resistencia. Los tatau polinesios, las marcas faciales amazónicas y los tatuajes bereberes no son simplemente decorativos: son textos históricos inscritos en la carne. Estas

tradiciones desafían las nociones occidentales de documentación al integrar el conocimiento directamente en el cuerpo humano, en lugar de externalizarlo en papel o pantallas.

Sin embargo, las principales bibliotecas y archivos ignoran o incluso estigmatizan estas historias corporales y no reconocen las tradiciones intelectuales que representan. Para acoger esta forma de conocimiento, las instituciones deben pasar de la conservación a la participación, reconociendo a los artistas del tatuaje y a los profesionales del cuerpo como guardianes del conocimiento, organizando exposiciones que exploren estas tradiciones y desafiando el monopolio de legitimidad de la palabra escrita.

La tierra como sistema de conocimiento

Tal vez la alteración más radical de las estructuras de conocimiento dominantes provenga del reconocimiento de que la propia tierra es un archivo. Las epistemes indígenas, ancestrales y rurales suelen tratar los paisajes y territorios como textos vivos, donde los ríos, las montañas y los bosques guardan relatos, historias y lecciones codificadas a lo largo de generaciones. Esto pone en tela de juicio la idea de que el conocimiento es algo que debe contenerse en libros o bases de datos digitales. Por el contrario, insiste en que el conocimiento es espacial, dinámico y está profundamente ligado al mundo físico.

Las bibliotecas y los archivos, contruidos sobre la lógica de la categorización y la contención, tienen muchos problemas conceptuales y metodológicos con esta idea. Pero el verdadero compromiso con el conocimiento disruptivo significa derribar muros — literal y figuradamente— para abrazar la tierra como fuente primaria de información. Descolonizar el conocimiento significa ir más allá de las estanterías y los servidores para escuchar al territorio y a quienes han leído sus historias durante siglos.

Conclusión

Si las bibliotecas y los archivos quieren descolonizarse de verdad, deben ir más allá de la mera incorporación de formatos "diversos" a sus colecciones. Las novelas gráficas y los medios digitales, aunque valiosos, ya no representan una alteración fundamental del paradigma dominante. La verdadera disrupción reside en los formatos que desafían la naturaleza misma de cómo se reconoce y valora el conocimiento: las tradiciones orales, los murales, los grafitis, los tejidos, la cerámica, los tatuajes y la propia tierra.

Estos formatos no son sólo alternativas al texto escrito, sino actos de rebeldía contra el borrado epistémico. Nos recuerdan que el conocimiento no pertenece a las instituciones, sino que es vivido, compartido y encarnado por las comunidades. Adoptar estos formatos disruptivos es rechazar la idea de que los saberes y los recuerdos deben ser contenidos, categorizados y controlados. Es reconocer que el conocimiento más poderoso no siempre se encuentra en una página, sino en las historias que contamos, las marcas que inscribimos, los paisajes que honramos y los cuerpos y palabras que habitamos en el mundo.

Descolonizando mi biblioteca #11

Transformando las bibliotecas en centros colectivos insurgentes

Construcción de colecciones centradas en la comunidad

Introducción

En el ámbito de la gestión del conocimiento y la memoria, ha ido consolidándose una noción que implica no sólo un cambio metodológico, sino una reconfiguración profunda del papel político de las bibliotecas: las *colecciones centradas en la comunidad*.

Esta idea no se limita a modificar el tipo de materiales que se conservan o la manera en que se catalogan, sino que propone una transformación del vínculo entre las instituciones bibliotecarias y los territorios que habitan. En lugar de ser espacios que proveen servicios de manera vertical, las bibliotecas pasan a ser plataformas horizontales donde se activa la colaboración, se escucha lo silenciado y se gestan procesos colectivos de resistencia, memoria y acción.

Este giro encuentra su impulso en lo que podríamos llamar una *insurgencia comunitaria*: un posicionamiento que interpela y desafía los marcos tradicionales —a menudo jerárquicos, eurocéntricos y coloniales— sobre los cuales se han construido las bibliotecas como instituciones. En lugar de reproducir las lógicas institucionales que priorizan la acumulación de saberes legitimados desde el poder, la insurgencia comunitaria propone desmontar esas estructuras y abrir paso a prácticas de co-creación cultural, donde el conocimiento y la memoria se construyan con, desde y para las comunidades.

Este texto explora las implicaciones de ese desplazamiento: cómo puede una biblioteca activar procesos de memoria situada, qué formas puede adoptar esa colaboración, y cuál es el potencial transformador —no solo para las colecciones, sino para las relaciones sociales— de asumir la biblioteca como espacio colectivo de poder.

De depositarios pasivos a agentes implicados

Durante mucho tiempo, las bibliotecas fueron concebidas como guardianas neutrales del conocimiento, operando bajo el supuesto de que el acceso libre a la información bastaba para democratizar el saber. Sin embargo, ese modelo —que privilegia las voces "autorizadas" y los sistemas formales de validación— ha demostrado ser insuficiente y, en muchos casos, excluyente. Las decisiones de qué se conserva, cómo se organiza, qué se expone y qué queda fuera, han respondido históricamente a criterios institucionales, muchas veces determinados por agendas académicas, políticas o empresariales que refuerzan visiones hegemónicas del mundo.

En contraste, las colecciones centradas en la comunidad proponen invertir esa lógica. Se trata de reconocer que el conocimiento no es neutro, y que todo proceso de conservación es también una operación de poder. Por lo tanto, una biblioteca comprometida con su territorio no puede limitarse a custodiar materiales: debe involucrarse activamente en su construcción junto con las personas que viven, resisten, crean y sueñan en ese mismo espacio. La labor bibliotecaria deja de ser una tarea técnica y se convierte en una práctica situada, que reconoce la necesidad de abrirse a otras formas de saber, muchas veces invisibilizadas o deslegitimadas por los marcos institucionales tradicionales.

En esta perspectiva, las bibliotecas ya no se presentan como intermediarias entre el conocimiento y el público, sino como aliadas estratégicas en procesos de memoria comunitaria. Por ejemplo, construir una colección junto a movimientos sociales, activistas locales o pueblos originarios implica no solo registrar documentos u objetos, sino participar en la creación de relatos colectivos que escapen a los silencios impuestos por los archivos oficiales. Este tipo de prácticas no sólo amplían los márgenes de lo conservado, sino que fortalecen el sentido de pertenencia y el protagonismo de las comunidades en la definición de su propia historia.

Co-creación como práctica política

La co-creación no debe entenderse como una apertura puntual a la participación comunitaria, sino como una reconfiguración de las relaciones de poder que estructuran la vida institucional de la biblioteca. Implica invitar a colectivos, vecinas, pueblos indígenas, trabajadores, estudiantes o artistas no sólo a sugerir materiales, sino a participar de forma activa en las decisiones sobre qué se conserva, cómo se nombra, qué se muestra, y bajo qué criterios se organiza la colección.

Esto requiere, por parte de las bibliotecas, una disposición real a ceder poder y a desjerarquizar sus procesos internos. Supone reconocer que las formas tradicionales de clasificación, descripción o curaduría muchas veces imponen una mirada externa que puede distorsionar o reducir las complejidades de las memorias locales. Por eso, la co-creación implica también una revisión crítica de las herramientas técnicas utilizadas en la organización del conocimiento, para permitir que sean las propias comunidades quienes definan cómo quieren ser nombradas, representadas y narradas.

Asimismo, la co-creación exige ampliar la noción de qué cuenta como conocimiento. Las bibliotecas centradas en la comunidad deben estar dispuestas a incorporar saberes orales, materiales efímeros, formatos no convencionales como fanzines, carteles, audios, textiles, podcasts o bitácoras colectivas. Estas expresiones, lejos de ser "menores" o "alternativas", constituyen vehículos fundamentales para preservar y compartir experiencias que, de otro modo, seguirían siendo ignoradas por las estructuras de archivo tradicionales.

La biblioteca como espacio de poder colectivo

Cuando una biblioteca adopta una lógica de co-creación comunitaria no sólo transforma su acervo: redefine su lugar en el ecosistema social. Se convierte en un nodo activo desde donde las comunidades pueden articularse, organizarse y producir sentido. El espacio

bibliotecario deja de estar pensado únicamente como sitio de consulta o lectura, para convertirse en un lugar de encuentro, formación, conspiración y resistencia.

Este nuevo rol implica habilitar condiciones materiales concretas: ofrecer espacios para asambleas, talleres, proyecciones o eventos culturales que respondan a las inquietudes del territorio. Implica también facilitar el acceso a recursos que permitan a las comunidades impulsar sus propios proyectos: desde asesorías técnicas y formación digital, hasta apoyo para la creación de archivos independientes o la producción de contenidos propios.

En este marco, la biblioteca se convierte en una aliada estratégica en procesos de transformación social, capaz de poner a disposición sus infraestructuras y saberes para fortalecer la autonomía y la capacidad organizativa de los colectivos locales. Es, en el mejor de los casos, una institución que deja de hablar "por" la comunidad para hablar con ella, desde una implicación ética, política y afectiva.

Construyendo un marco sostenido

Implementar una colección centrada en la comunidad no es un gesto simbólico ni un proyecto puntual. Es un proceso que requiere continuidad, compromiso y una estructura clara. Esto implica, en primer lugar, construir alianzas sólidas y de largo plazo con organizaciones comunitarias, líderes territoriales, activistas y colectivos de base. Estas alianzas no deben pensarse como relaciones de servicios, sino como formas de coproducción de conocimiento, donde el diálogo y el respeto mutuo sean la base de toda colaboración.

Asimismo, es fundamental generar mecanismos estables de consulta y participación. Las bibliotecas pueden organizar mesas de trabajo, comités editoriales o grupos curadores formados por integrantes de distintas comunidades, que participen en las decisiones sobre selección, catalogación y difusión de los materiales. Esta estructura garantiza que

la participación no se reduzca a una consulta cosmética, sino que incida realmente en la construcción de las colecciones.

Otro aspecto central es garantizar la accesibilidad. Esto implica pensar en formatos diversos, considerar los niveles de alfabetización presentes en la comunidad, traducir contenidos a lenguas locales o indígenas, y asegurar que los espacios físicos sean navegables y acogedores para todas las personas. Finalmente, es importante reconocer públicamente las contribuciones comunitarias, dar crédito, celebrar sus aportes y generar formas de devolución que alimenten el vínculo y fortalezcan la confianza.

Conclusión

Asumir la construcción de colecciones centradas en la comunidad no es simplemente actualizar las políticas de adquisición o enriquecer el acervo con materiales diversos. Es, ante todo, un acto político que cuestiona los marcos históricos de validación del conocimiento, y que propone reimaginar la biblioteca como un espacio de disputa, creación y cuidado colectivo. Es reconocer que la memoria no es una acumulación de objetos, sino un proceso vivo, situado y conflictivo, que sólo puede sostenerse si se construye con quienes habitan el territorio y con quienes han sido sistemáticamente silenciados.

Las bibliotecas, si asumen este desafío, pueden convertirse en verdaderos centros de poder comunitario. Espacios donde se resguarden las memorias que importan, donde se multipliquen las voces marginadas, y donde el conocimiento vuelva a ser un bien común al servicio de la vida digna, la justicia social y la imaginación política.

Descolonizando mi biblioteca #12

Las bibliotecas como guardianas de las comunidades despojadas

Custodia ética del patrimonio cultural

Introducción

El patrimonio cultural está bajo asedio, no sólo por el colonialismo y la globalización, sino también por los rápidos e incontrolados avances de la tecnología y la mercantilización de la historia. Como custodias del conocimiento y la memoria, las bibliotecas se enfrentan a una presión cada vez mayor para preservar artefactos culturales, tradiciones e historias bajo constante amenaza de desaparición. En este contexto, la custodia ética del patrimonio cultural se convierte no sólo en una responsabilidad profesional, sino en una profunda misión moral para las bibliotecas.

En el centro de esa custodia se encuentra la comprensión de que el patrimonio cultural no es un artefacto estático, a almacenarse para un consumo futuro, sino una representación viva y palpante de las identidades, los valores y las luchas de diferentes colectivos. Las bibliotecas, como instituciones que recolectan, preservan y comparten conocimientos, ocupan una posición privilegiada para actuar como guardianas de esos tesoros, especialmente para las comunidades marginalizadas y despojadas. En este texto exploro los imperativos éticos de las bibliotecas a la hora de custodiar el patrimonio cultural, centrándose en la protección de las historias de los oprimidos y en el rol bibliotecario de garantizar que tales narrativas no sean olvidadas o silenciadas.

La responsabilidad ética de la conservación

La custodia ética del patrimonio cultural implica el compromiso de preservar los materiales de forma respetuosa para con las comunidades de los que proceden. Este proceso de gestión debe ir más allá de la mera conservación física y extenderse a la preservación del significado cultural, el contexto histórico y la integridad del propio

conocimiento. Las bibliotecas deben velar no sólo por salvaguardar los objetos tangibles, sino también por considerar los aspectos intangibles del patrimonio (tradiciones orales, rituales, creencias...), los cuales suelen ser difíciles de preservar por medios archivísticos convencionales.

Al conservar patrimonio cultural, las bibliotecas deben enfrentarse a complejas consideraciones éticas, especialmente cuando se trata de elementos pertenecientes a comunidades marginalizadas. La apropiación de conocimientos indígenas o la recopilación de materiales culturalmente sensibles, por ejemplo, plantean cuestiones sobre la propiedad, el acceso y las posibilidades de abuso. En algunos casos, los elementos pueden haber sido sustraídos a esas comunidades sin su consentimiento o bajo coacción, y su permanencia en las colecciones institucionales puede perpetuar la injusticia histórica de su obtención.

Para custodiar éticamente el patrimonio cultural, las bibliotecas deben dar prioridad a los derechos de los grupos a los que pertenecen los materiales. Eso incluye trabajar con esa gente para garantizar su participación en las decisiones sobre el cuidado, el acceso y el uso de sus bienes culturales. En algunos casos, eso puede significar devolver los materiales a sus legítimos propietarios, o proporcionar a las comunidades los medios para controlar cómo se comparte su patrimonio.

Las bibliotecas como guardianas de las comunidades despojadas

Para las comunidades que han sufrido despojo —ya sea por colonización, guerra, migración forzada o desplazamiento económico— las bibliotecas son algo más que simples guardianas pasivas del patrimonio. Son agentes activos a quienes se confía la responsabilidad de proteger y amplificar las voces de las sociedades despojadas. Ese papel conlleva un profundo compromiso con la justicia social y la responsabilidad de cuestionar las estructuras perjudiciales.

Las bibliotecas suelen ser las únicas instituciones con los recursos y la infraestructura necesarios para salvaguardar los objetos históricos y culturales de los grupos desplazados o marginalizados. En zonas de conflicto, por ejemplo, las bibliotecas han desempeñado un papel fundamental en la conservación de manuscritos, fotografías y grabaciones que documentan las experiencias de los refugiados. Del mismo modo, en contextos poscoloniales, las bibliotecas pueden servir como depósitos de sistemas de conocimiento indígenas, garantizando que esas tradiciones no se pierdan.

Sin embargo, ese rol de guardianas de las comunidades despojadas también implica enfrentarse a difíciles cuestiones éticas sobre la recopilación y los posibles perjuicios de la labor archivística. Recopilar materiales de comunidades marginalizadas suele meter a la biblioteca directamente en temas de poder: ¿quién decide lo que se recopila, quién tiene acceso a esos materiales, y qué ocurre cuando esos elementos se sacan de su contexto? Las bibliotecas deben prestar atención a las dinámicas de poder inherentes a su trabajo y tomar medidas para garantizar que sus prácticas no perpetúen más daños o explotación.

Gestión comunitaria

Una parte fundamental de la custodia ética es el reconocimiento de que las propias comunidades son las más cualificadas para decidir qué aspectos de su patrimonio cultural deben preservarse y cómo debe compartirse. Las bibliotecas pueden apoyar los esfuerzos de gestión colectiva proporcionando recursos, formación e infraestructura que ayuden a las personas interesadas a documentar y proteger su patrimonio.

La gestión comunitaria implica capacitar a los grupos locales para que tomen la iniciativa en la preservación de sus propias historias. En comunidades indígenas, por ejemplo, las bibliotecas pueden colaborar con los ancianos y los guardianes del conocimiento de los distintos lugares para garantizar que las narrativas orales se recogen y preservan de forma culturalmente apropiada. En campamentos de refugiados, las bibliotecas pueden

trabajar con las personas desplazadas para preservar sus historias y memorias a través de registros escritos, digitales o audiovisuales. Al dar prioridad a las voces y las experiencias de la propia gente, las bibliotecas pueden garantizar que los esfuerzos de preservación sean significativos y respetuosos con las personas a las que pretenden servir.

Un ejemplo de este enfoque es la creación de archivos comunitarios en los que se invita a individuos y colectivos a aportar documentos a la colección documental. Esos archivos pueden centrarse en historia local, tradiciones orales o movimientos sociales, y los materiales suelen conservarse en la lengua y el contexto propios del lugar. Los archivos son especialmente valiosos porque reflejan las experiencias vividas por gente que, de otro modo, no tendría acceso a recursos archivísticos convencionales.

Proteger el patrimonio en la era digital

La era digital ha traído consigo oportunidades y retos para la gestión del patrimonio cultural. Por un lado, la digitalización de materiales permite superar distancias a la hora de compartir conocimientos, así como garantizar la conservación de objetos frágiles o deteriorados. Por otro lado, ese proceso plantea problemas de accesibilidad, privacidad y posible explotación. La digitalización permite una amplia difusión, pero también abre interrogantes sobre quién controla esas versiones digitales, cómo se utilizan y si se puede acceder a ellas sin una comprensión contextual adecuada.

Por ejemplo, cuando se digitalizan conocimientos o artefactos culturales indígenas y se hacen accesibles en línea, existe el riesgo de que esos materiales se utilicen indebidamente, se saquen de contexto o incluso sean explotados por entidades comerciales. Las bibliotecas, como custodias éticas, deben considerar detenidamente esos riesgos y trabajar con las comunidades para garantizar que la digitalización se realice de tal manera que se honren las sensibilidades culturales y se respeten los deseos de la comunidad. Esto podría implicar el establecimiento de restricciones de acceso, la

creación de marcos de gestión de derechos o la colaboración con los miembros del grupo para decidir qué materiales se ponen a disposición del público y en qué formato.

Conclusión

Las bibliotecas son algo más que instituciones de almacenamiento de libros y documentos: son gestoras vitales del patrimonio cultural. Como tales, tienen la responsabilidad ética de preservar no sólo los artefactos tangibles, sino también las tradiciones intangibles, los conocimientos y las historias que dan sentido a esos artefactos. Al actuar como guardianas de las comunidades despojadas, las bibliotecas pueden ayudar a garantizar que los grupos marginalizados tengan control sobre su patrimonio.

La custodia del patrimonio cultural no es un acto pasivo, sino un profundo compromiso ético con la justicia social y la capacitación colectivas. En un mundo en el que la cultura está constantemente amenazada, las bibliotecas deben erigirse en protectoras del pasado, el presente y el futuro. Deben resistir las presiones para mercantilizar o borrar las historias de aquellos más vulnerables y, en su lugar, defender las memorias, tradiciones y saberes que pertenecen a quienes han sido silenciados durante demasiado tiempo.

Descolonizando mi biblioteca #13

Ni neutrales ni seguras

Qué hacen realmente las colecciones diversas en una biblioteca

El mito de la neutralidad y las políticas de colecciones

Las bibliotecas suelen ser vistas como espacios neutrales, tranquilos, ordenados, y universales en su acceso al conocimiento. Pero la neutralidad en las bibliotecas siempre ha sido un mito: uno que, convenientemente, oculta la naturaleza ideológica de cada decisión que se toma sobre qué coleccionar, preservar y poner en circulación. La colección de una biblioteca no es sólo un reflejo de su presupuesto o de su base de usuarios: es un mapa cultural de qué voces se consideran dignas de ser registradas y de cuáles no.

Esta conservación de la memoria no es pasiva: es una forma de poder.

Cuando una biblioteca decide incluir materiales que reflejan una gama amplia de experiencias, especialmente las de comunidades históricamente marginalizadas, no está limitándose a ofrecer simples "perspectivas". Está desafiando jerarquías de conocimiento heredadas. Una colección diversa desestabiliza las suposiciones sobre las narrativas centrales de unos y las periféricas de otros. Y al hacerlo, provoca fricción, no sólo entre los usuarios, sino dentro de la propia institución.

Esa colección no es un añadido decorativo en una estantería. Es una intervención en el paisaje epistémico.

De la representación a la disrupción

Existe una tendencia, común en el discurso institucional, a tratar las colecciones diversas como gestos de inclusión, actos simbólicos de visibilidad o momentos de controversia

pública. Pero la representación, cuando se reduce a una actuación simbólica, tiene un impacto poco duradero. Unos pocos títulos de alto perfil exhibidos al público no constituyen un compromiso sistémico con la equidad. La verdadera transformación comienza cuando la diversidad de las colecciones se entiende no como algo cosmético, sino como un desplazamiento de los límites de lo que se considera conocimiento legítimo.

Las colecciones diversas que importan no se limitan a reflejar las identidades existentes, sino que introducen nuevas tensiones. Hacen que historias desconocidas dialoguen con los relatos dominantes y obligan a plantearse preguntas incómodas. ¿Qué ocurre cuando la ciencia indígena cuestiona los modelos ecológicos occidentales? ¿Cuando los textos abolicionistas de las prisiones se ubican al lado de los manuales de las fuerzas del orden? ¿Cuando las historias anticoloniales ocupan el mismo estante que los libros de texto sancionados por el Estado?

Estos momentos de coexistencia no son armoniosos: son rupturas productivas. Y son esenciales para cualquier biblioteca que pretenda servir a un público diverso en igualdad de condiciones.

La biblioteca como infraestructura para los movimientos sociales

Los movimientos sociales no suelen basarse solamente en acciones de protesta ni suelen ocuparse solamente de su organización interna: también trabajan en la conservación y transmisión de su memoria. En este sentido, las bibliotecas desempeñan un papel crucial, aunque a menudo invisible. Cuando sus colecciones incluyen los fundamentos intelectuales y documentales de los movimientos de resistencia de sus comunidades, actúan como depósitos de conocimiento táctico, historia colectiva e imaginación política. Y, a diferencia de las redes sociales o los programas de noticias, pueden conservar estos conocimientos a largo plazo.

Esta función resulta especialmente vital cuando las comunidades implicadas son sistemáticamente borradas de los archivos dominantes. Los colectivos feministas, los consejos indígenas, las organizaciones de inmigrantes y las redes abolicionistas suelen producir materiales —panfletos, boletines, testimonios orales, libros autoeditados— que no tienen cabida en los canales editoriales convencionales. Cuando las bibliotecas deciden recopilar y conservar estos materiales, no solo están apoyando el acceso: están participando en la supervivencia de una memoria que de otro modo desaparecería. Y cuando esas colecciones se activan —se leen, se enseñan, se citan, se comparten— prolongan la vida y el alcance de los propios movimientos.

Barreras estructurales: descubrimiento, acceso y silenciamiento

La recopilación de materiales diversos es sólo el principio. La forma de describirlos, catalogarlos y hacerlos accesibles es igual de importante y, a menudo, igual de política. Si un libro sobre el pensamiento radical negro está enterrado bajo encabezamientos eufemísticos, o si una historia oral en una lengua minorizada no tiene metadatos que la hagan localizable, entonces la colección fracasa. La visibilidad sin acceso es un gesto vacío.

Las bibliotecas han heredado una infraestructura de metadatos construida en gran medida sobre supuestos eurocéntricos, masculinos y anglófonos. Para corregir esta situación no basta con modificar las palabras clave. Se requiere de un profundo compromiso con los sistemas de conocimiento de la comunidad y la voluntad de reimaginar la propia clasificación. Sin ello, las adquisiciones más progresistas seguirán siendo invisibles. Y cuando los usuarios marginalizados no se encuentran en el catálogo —o cuando se ven mal representados— reciben un mensaje claro: este espacio no es para ustedes.

Medir el impacto más allá de las cifras

La evaluación del impacto de las colecciones diversas no puede basarse únicamente en las métricas de uso. Los datos de circulación, asistencia a eventos o clics en la base de datos sólo proporcionan una visión parcial, y a menudo engañosa. Algunos de los encuentros más intensos con una colección no dejan rastro estadístico. Un adolescente que encuentra una novela gráfica queer que cambia su sentido de la identidad. Un profesor que integra un texto antirracista en el aula. Un trabajador emigrante que lee un panfleto en su propia lengua por primera vez en años. Estos momentos importan, aunque no sean cuantificables.

Los métodos cualitativos —retroalimentación de la comunidad, grupos de discusión, testimonios orales— ofrecen una visión mucho más rica de cómo resuenan las colecciones. También lo hacen los vínculos con organizaciones de base, que pueden ayudar a las bibliotecas a comprender lo que falta o lo que está mal representado. En estos casos, la biblioteca se convierte no sólo en distribuidora de recursos, sino en cocreadora de significados con su comunidad. Este tipo de responsabilidad relacional no puede medirse sólo con cifras. Hay que escucharla.

Hacia una biblioteca que toma partido

Crear una colección verdaderamente diversa no es buscar el equilibrio, sino tomar partido. No contra las personas, sino contra los sistemas de supresión. Esto no significa convertir la biblioteca en una campaña política. Significa reconocer que el acto de recopilar, describir y compartir conocimientos siempre ha sido político, nos guste o no. Las bibliotecas que pretenden lo contrario no son neutrales, sino cómplices en el mantenimiento de las estructuras dominantes.

Una biblioteca que toma partido lo hace alineándose con las comunidades cuyas voces han sido históricamente excluidas. Centra sus conocimientos no como suplementarios,

sino como fundacionales. No espera a que se produzca una tendencia editorial o una iniciativa de financiación, sino que actúa. Y cuando esas acciones provocan incomodidad, no se repliega en tópicos sobre "ambas partes". Se mantiene firme.

Porque la cuestión no es si las colecciones diversas provocan un cambio social. La cuestión es si creamos colecciones lo suficientemente audaces como para intentarlo.

Descolonizando mi biblioteca #14

Desentrenando al bibliotecario colonial

Formación del personal en prácticas descoloniales

Introducción

A menudo se considera que la bibliotecología es una profesión neutral y objetiva. Sin embargo, en realidad es una herramienta de poder y transformación potencial.

Las bibliotecas son custodios del conocimiento y, como tales, tienen la responsabilidad de interrogar a las fuentes de ese conocimiento. Dado que los legados coloniales siguen configurando el acceso a la información, formar al personal bibliotecario en prácticas decoloniales no es sólo una necesidad, sino un acto urgente de resistencia.

Este post explora cómo los bibliotecarios, como actores clave en la lucha por el acceso equitativo a la información, pueden ser entrenados para desafiar las estructuras coloniales que impregnan el trabajo bibliotecario, y promover prácticas que empoderen a las comunidades marginadas.

Comprender el legado colonial en las bibliotecas

El colonialismo ha moldeado las bibliotecas y los sistemas de información durante siglos, influyendo en todos los aspectos, desde la forma en que se categoriza y difunde el conocimiento hasta los tipos de materiales que se valoran y conservan. Históricamente, las bibliotecas han estado alineadas con las estructuras de poder coloniales, sirviendo a menudo como instrumentos de control y dominación cultural. La propia forma en que las bibliotecas organizan el conocimiento -a través de sistemas de clasificación como el Sistema Decimal Dewey, que refleja prejuicios culturales occidentales- sigue siendo un reflejo de una visión eurocéntrica del mundo. Estos sistemas imponen determinadas formas de ver el mundo y marginan otras.

Para hacer frente a estos prejuicios arraigados, es fundamental que las bibliotecas emprendan una autorreflexión crítica. Es esencial examinar las prácticas bibliotecarias que podrían perpetuar inconscientemente las estructuras coloniales, como dar prioridad a las fuentes y narrativas occidentales y pasar por alto los sistemas de conocimiento indígenas y las perspectivas no occidentales. Formar al personal en prácticas descoloniales implica algo más que diversificar las colecciones u ofrecer programas sobre sensibilidad cultural: requiere una profunda transformación en la forma en que las bibliotecas piensan sobre el conocimiento, la autoridad y la relación entre las bibliotecas y las comunidades a las que sirven.

Formación decolonial: Más allá del simbolismo

La formación decolonial del personal bibliotecario no puede limitarse a un taller puntual o a una sesión de formación ocasional. Debe ser una práctica continua y crítica que cuestione los supuestos y prejuicios que tienen los bibliotecarios, tanto individual como institucionalmente. El pensamiento decolonial exige una revisión completa de cómo se percibe y valora el conocimiento. En el contexto de las bibliotecas, esto significa ir más allá de las iniciativas de diversidad simbólicas y avanzar hacia una remodelación fundamental de la forma en que las bibliotecas se comprometen con el conocimiento y lo representan.

Muchas bibliotecas se han esforzado por añadir libros más diversos a sus colecciones, pero estas acciones suelen ser superficiales si no abordan los sistemas de poder subyacentes que determinan cómo se crean los libros y la información, cómo se valoran y cómo se accede a ellos. Los bibliotecarios deben formarse para comprender y criticar las dinámicas de poder que determinan la producción y difusión del conocimiento, y estar preparados para desafiarlas. Esto implica pasar de la mera recopilación de materiales diversos a cuestionar activamente qué voces se escuchan y cuáles se silencian en las colecciones, programas y servicios de la biblioteca.

La formación también debe centrarse en comprender y abordar la eliminación histórica de las comunidades marginadas. La bibliotecología decolonial implica no sólo la incorporación de materiales de estas comunidades, sino también garantizar que sus historias, lenguas y formas de conocimiento sean respetadas y celebradas. Es necesario formar a los bibliotecarios para que se vean a sí mismos como agentes activos en este proceso, trabajadores no sólo de un sistema de conocimiento, sino del propio proceso de creación de conocimiento.

Elementos clave de la formación decolonial para bibliotecarios

Para dotar a los bibliotecarios de las herramientas necesarias para participar en prácticas decoloniales, los programas de formación deberían incluir varios componentes básicos:

- **Conciencia crítica de las estructuras coloniales:** El personal debe recibir formación sobre la historia y los efectos actuales del colonialismo en las bibliotecas y fuera de ellas. Esto significa comprender cómo el poder colonial está arraigado en los sistemas bibliotecarios, incluyendo la catalogación, la clasificación y el archivo de materiales. Es necesario un análisis exhaustivo de cómo los sistemas de conocimiento centrados en Occidente influyen en las prácticas bibliotecarias y, por extensión, en las comunidades a las que sirven.
- **Recuperar el conocimiento:** Los bibliotecarios deben recibir formación para valorar e incorporar a sus colecciones los sistemas de conocimiento indígenas y locales. Esto significa no sólo recopilar materiales que representen estas tradiciones, sino también colaborar con las comunidades para garantizar que sus voces sean escuchadas y respetadas en las prácticas de la biblioteca. La colaboración entre las bibliotecas y los grupos indígenas y locales es importante para garantizar que los conocimientos no sólo se conserven, sino que también se integren en la narrativa más amplia de la comunidad.
- **Catalogación y clasificación críticas:** Una de las formas más visibles en que las bibliotecas perpetúan las estructuras coloniales es a través de sus sistemas de

catalogación y clasificación. La formación debe animar a los bibliotecarios a examinar críticamente los sistemas de clasificación, como el sistema decimal Dewey y los encabezamientos de materia de la Biblioteca del Congreso, y a explorar sistemas alternativos que puedan representar mejor las experiencias de las comunidades marginadas. La bibliotecología decolonial implica la creación de sistemas de catalogación que reflejen diversas visiones del mundo, no sólo paradigmas eurocéntricos.

- Participación y capacitación de la comunidad: Una parte crucial de la formación decolonial consiste en fomentar la participación de la comunidad. Las bibliotecas no deben ser receptoras pasivas de colecciones, sino colaboradoras activas en la creación y el intercambio de conocimientos. Los bibliotecarios deben estar capacitados para trabajar en estrecha colaboración con las comunidades subrepresentadas para identificar sus necesidades y crear colecciones y programas que reflejen los valores, intereses e historias de esas comunidades. El conocimiento debe liberarse de las estructuras coloniales, y los bibliotecarios pueden desempeñar un papel activo en este proceso comprometiéndose con las comunidades a las que sirven.
- Construir alianzas entre profesiones: La bibliotecología decolonial requiere la colaboración entre sectores. Los bibliotecarios deben estar capacitados para trabajar junto a educadores, archivistas, líderes comunitarios y activistas para construir enfoques holísticos y centrados en la comunidad para la descolonización. La formación de redes de solidaridad es vital para garantizar que los esfuerzos descoloniales en las bibliotecas formen parte de movimientos más amplios por la justicia social y la equidad.

Retos de la formación decolonial

Aunque la necesidad de una formación decolonial es evidente, ponerla en práctica puede ser todo un reto. Las bibliotecas no son instituciones neutrales, sino que están inmersas en sistemas sociales, políticos y económicos que mantienen la desigualdad. En

consecuencia, la formación decolonial puede encontrar resistencia por parte del personal, los administradores e incluso los usuarios de las bibliotecas, que se sienten incómodos con la idea de cuestionar prácticas arraigadas. En estos casos, la formación debe enfocarse como un proceso de transformación a largo plazo, no como una solución rápida.

También hay que tener en cuenta los retos prácticos. La formación decolonial requiere una inversión significativa de tiempo y recursos, y las bibliotecas deben comprometerse a proporcionar apoyo y formación continuos al personal. Los responsables de las bibliotecas deben crear espacios para la reflexión continua y el desarrollo profesional que vayan más allá de las iniciativas superficiales. Estos espacios pueden servir como plataformas para debatir los retos y los éxitos del trabajo decolonial, permitiendo a los bibliotecarios reflexionar colectivamente sobre cómo pueden mejorar su práctica.

Conclusión

La formación decolonial del personal bibliotecario es esencial para dismantelar las estructuras coloniales que aún hoy impregnan las prácticas bibliotecarias. Al desarrollar una comprensión más profunda del legado colonial, reivindicar el conocimiento indígena y desafiar los sistemas de clasificación centrados en Occidente, los bibliotecarios pueden convertirse en poderosos agentes de cambio. Las bibliotecas pueden reforzar el poder colonial o servir como lugares de resistencia y empoderamiento. La clave para transformar las bibliotecas en espacios de justicia y equidad reside en la formación y el apoyo continuo al personal bibliotecario para que cuestione el statu quo y adopte prácticas decoloniales.

La bibliotecología decolonial es un acto revolucionario, que exige a los bibliotecarios que se enfrenten a sus propios prejuicios y suposiciones y que se comprometan en la labor de sanación y reconciliación con las comunidades a las que sirven. Al hacerlo, los bibliotecarios pueden convertirse en verdaderos revolucionarios, parte de un

movimiento de vanguardia que busca deshacer el legado del colonialismo y crear bibliotecas que sean inclusivas, equitativas y transformadoras para todos.

Descolonizando mi biblioteca #15

Una línea en los estantes

La transición a una praxis revolucionaria de la colección

El fin de la estantería

Ha llegado el momento de reevaluar los supuestos fundamentales que sustentan el desarrollo de las colecciones bibliotecarias.

Durante mucho tiempo, esa práctica se entendió como una tarea neutral y benévola: seleccionar materiales, conservarlos y ponerlos a disposición del público como un bien compartido. Sin embargo, cuando se la somete a un escrutinio crítico, queda claro que el desarrollo de las colecciones no es —y nunca ha sido— neutral. Está determinado por asimetrías históricas de poder, por imperativos institucionales, y por la lógica clasificatoria de la tradición epistemológica occidental.

Las intervenciones reformistas han intentado suavizar estas estructuras mediante iniciativas de inclusión y auditorías de representación. Sin embargo, estos esfuerzos, aunque bienintencionados, suelen dejar intacta la arquitectura central de la exclusión. Diversifican a los habitantes de la estantería, pero rara vez cuestionan la lógica de dicha estantería. Se necesita una transformación más profunda. No cosmética, sino estructural. No aditiva, sino interrogativa. Esta transformación empieza por decir lo que el sector se ha negado históricamente a nombrar: que el desarrollo de las colecciones, tal y como se ha practicado tradicionalmente, no es un sistema de cuidado, sino de control epistémico.

Extracción con otro nombre

Dentro del vocabulario bibliotecológico, "preservación" equivale prácticamente a un imperativo moral. Sin embargo, ese concepto ha estado históricamente vinculado al

control colonialista. Cuando la preservación se vuelve indistinguible de la posesión — cuando los materiales se recogen sin contexto, consentimiento o devolución— el acto deja de ser protector para convertirse en extractivo.

Este extractivismo no es solo un hecho histórico. Continúa hoy en las prácticas de adquisición contemporáneas, sobre todo cuando los materiales procedentes de comunidades indígenas, marginalizadas o desplazadas se incorporan a los fondos institucionales sin una rendición de cuentas relacional. Incluso cuando se presentan como "inclusivas" o "diversas", estas adquisiciones suelen funcionar como gestos simbólicos: gestos que refuerzan la legitimidad institucional y que no abordan las diferencias de poder implícitas en el proceso. Archivar el conocimiento oral indígena utilizando marcos que borran sus dimensiones performativas y comunitarias no es "preservación": es "transformación en algo legible para la institución", a menudo a costa de su integridad epistémica.

Ética relacional más allá de las tácticas de representación

Reimaginar el desarrollo de las colecciones como una práctica decolonial exige pasar de la política representacional a la ética relacional. El objetivo no puede ser la mera diversificación de las colecciones. Por el contrario, debe implicar un replanteamiento fundamental de lo que significa albergar, describir y dar acceso al conocimiento. Este cambio exige que las bibliotecas comiencen su trabajo no con la cuestión de qué debe adquirirse, sino con preguntas más difíciles: ¿Con qué condiciones? ¿Con qué derecho? ¿Y al servicio de quién?

La ética relacional exige una profunda responsabilidad ante las comunidades cuyos conocimientos poseen —o buscan— las bibliotecas. Esta responsabilidad no es de procedimiento. No se cumple mediante formularios de consentimiento o comités consultivos. Es epistemológica y permanente. Implica ceder el control sobre las prácticas descriptivas, los protocolos de acceso, e incluso las decisiones sobre si determinados

materiales deben o no albergarse en la biblioteca. También exige el reconocimiento de los límites de la autoridad institucional y la voluntad de respetar la no circulación, la no divulgación, o la repatriación como resultados legítimos.

Desmontando la infraestructura de la legibilidad

Una de las suposiciones más generalizadas, aunque menos examinadas, en el trabajo bibliotecario es que el acceso es intrínsecamente bueno. La promesa del acceso se basa en la creencia de que el conocimiento adquiere valor a través de su disponibilidad. Sin embargo, esta creencia se basa en una epistemología muy particular, que privilegia la legibilidad, la circulación y la recuperación individual por encima de formas de compromiso situadas, relacionales y, en ocasiones, sagradas.

Los sistemas de catalogación y clasificación imponen la legibilidad haciendo que el conocimiento sea inteligible según las normas institucionales. Al hacerlo, a menudo aplastan, distorsionan o borran los elementos del conocimiento que se niegan a conformarse. Las prácticas innovadoras de creación de colecciones deben cuestionar la propia infraestructura de la visibilidad. ¿Qué formas de conocimiento quedan invisibilizadas por las lógicas de catalogación? ¿Qué significados se pierden cuando el ritual, la estacionalidad o la transmisión oral se ven forzados a incluirse en encabezamientos de materia estáticos? Y, sobre todo, ¿cómo pueden las bibliotecas desarrollar prácticas que respeten la opacidad, y que permitan la protección —en lugar de la exposición— de los conocimientos vulnerables?

Poner nombre a la complicidad y reformular la administración

La bibliotecología se ha basado desde siempre en el discurso administrativo. Sobre todo en la idea de que las bibliotecas preservan, protegen y ponen a disposición el conocimiento al servicio de la continuidad cultural y el acceso democrático. Si bien esta narrativa tiene algo de cierto, también oculta hasta qué punto las bibliotecas han

operado dentro —y a menudo han mantenido— las estructuras de la producción colonial de conocimiento. Lo que se conserva, lo que se describe y lo que se pone a disposición se ha alineado históricamente con los sistemas dominantes de valor, clasificación y legitimidad. El conocimiento que quedaba fuera de esos sistemas era a menudo ignorado, tergiversado o traducido a la fuerza.

Para avanzar, los bibliotecarios debemos estar dispuestos a reconocer esta complicidad. Hacerlo no es un acto de autorrecreación, sino un paso necesario hacia la transformación. Al enfrentarnos a los sistemas que hemos heredado y sostenido, creamos espacio para las alternativas. Empezamos a entender que la gestión no puede definirse únicamente por la conservación y el acceso, sino que también debe incluir la reparación relacional, la humildad epistémica y el reconocimiento de los daños pasados y presentes.

De la inclusión al rechazo estructural

La bibliotecología crítica reconoce cada vez más que la inclusión, aunque necesaria, no es suficiente. Los esfuerzos de inclusión que operan dentro de las lógicas existentes de colección y clasificación corren el riesgo de reforzar los mismos sistemas que pretenden cuestionar. La verdadera transformación requiere un rechazo estructural: un rechazo a continuar como hasta ahora, un rechazo a clasificar lo que se resiste a la clasificación, y un rechazo a adquirir lo que no se puede mantener de forma responsable.

No se trata de abogar por el caos o el abandono del rigor profesional. Se trata más bien de una llamada a reorientar el rigor hacia un conjunto diferente de principios: los arraigados en la responsabilidad relacional, la especificidad cultural y la justicia epistémica. Es una llamada a reconocer que no todo el conocimiento debe archivar, que no toda la memoria está destinada al acceso público y que, a veces, el acto más ético que puede realizar una biblioteca es dar un paso atrás.

El umbral de la praxis

Lo que tenemos por delante no es una mejora técnica ni un perfeccionamiento de las herramientas existentes. No se trata de un nuevo flujo de trabajo ni de una mejor taxonomía. Lo que tenemos por delante es la oportunidad —y la obligación— de volver a imaginar el desarrollo de las colecciones como una forma de praxis cultural. Una praxis que no busca mejorar el archivo, sino liberarlo de los supuestos que lo han regido durante mucho tiempo.

La transición hacia un trabajo de recopilación revolucionario y responsable desde el punto de vista cultural comienza con un ajuste de cuentas: con lo que conservamos, con cómo lo conservamos, y con si debemos conservarlo o no. Continúa con el desarrollo de nuevos métodos, basados en el rechazo, la reciprocidad y la relación. Y culmina no en un modelo universal, sino en una pluralidad de prácticas, cada una de las cuales responde a un lugar, una gente y un propósito determinados.

Este no es el final del desarrollo de colecciones. Es el comienzo de algo totalmente distinto.